

LA CONCEPCION MARXISTA DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES

SUMARIO: I. *Introducción*.—II. *Karl Marx*: Marx y las relaciones internacionales.—III. *Los marxismos post-Marx*: Los revisionistas. Los continuistas.—IV. *El marxismo soviético*: Lenin. Trotsky. Stalin. Del stalinismo... al stalinismo.—V. *Los marxismo-leninismos independientes*: Tito. Mao Tse-Tung. El castrismo. Los eurocomunismos.—VI. *Crítica de la concepción marxista*.

I. INTRODUCCIÓN

El marxismo se caracteriza—tanto en general como en el campo de las relaciones internacionales—por una visión muy particular sobre el mundo, los hombres, la vida, que nada tiene que ver con el enfoque clásico que hemos tratado anteriormente¹. Pero una cosa es el marxismo elaborado por Marx y su inseparable Engels, y otra las aplicaciones y reinterpretaciones posteriores².

Debido a ello no hay una «concepción marxista» de las relaciones internacionales, sino varias que para la división efectuada en mi plan general, se engloban bajo un mismo título, ya que tienen, supuestamente, bases filosóficas, sociológicas y económicas similares, aunque muchas veces puedan diferir en el enfoque político y los medios para la acción directa. Es necesario situarse brevemente en el contexto general de las ideas marxianas³ y de su vocabulario, que sirven de sustento a todo el edificio doctrinario marxista para poder recién entonces pasar al campo específico de este trabajo.

Quizá ninguna palabra haya sido más desvirtuada en su uso corriente que el vocablo «materialismo». El materialismo es una corriente filosófica que nació en la India, China o Grecia—poco importa—, pero que por vez primera desarrollaron coherentemente los filósofos griegos.

Por materialismo se entiende aquella doctrina filosófica que parte del hecho de la primacía de la materia. La materia es la estofa primera, no creada, eterna e infinita, y, por tanto, la consciencia es una

¹ Véase núm. 149 de la *Revista de Política Internacional*.

² Inclusive se ha llegado a proponer el abandono del término «marxismo», puesto que éste está asociado a sistemas políticos que han sido los supremos destructores de Marx, o en una segunda acepción vulgarizada, es sinónimo de socialismo en general. (Véase MAXIMILIEN RUBEL: *Marx critique du marxisme*, Payot, Paris, 1974.)

³ En este estudio el término «marxiano» se utiliza con referencia al pensamiento y los escritos de Karl Marx propiamente (abarcando a Engels, pero a ningún otro marxista), sin ignorar que existen otras acepciones de la palabra.

estofa secundaria, reflejo de la materia. De esa forma el pensamiento es producto del cerebro, concebido como materia pensante. (La perfecta antinomia del materialismo, la doctrina que se sitúa a sus antípodas, es el espiritualismo, y no el idealismo, como comúnmente se sostiene⁴.)

El materialismo espontáneo buscaba explicar el universo a través de un único principio, que para Tales de Mileto era el agua, para Anaximenes el aire y para Heráclito el fuego. El materialismo mecanicista (Demócrito) sostenía que la materia no es divisible al infinito, sino que es discontinua. Muchos siglos después aparece el primer materialista que puede ser considerado «científico»: Thomas Hobbes, que encuentra una limitación gnoseológica—como dice Dilthey—en el reconocimiento del carácter fenoménico del mundo, que se nos da en la percepción externa⁵.

En la actualidad—y dejo al marxismo por un anacronismo consciente para después—existe una importante corriente materialista que no sólo incluye a los marxistas y que tiene en común, de acuerdo con Bochenski⁶, el ser naturalista, pues no ven en el hombre más que una parte integrante de la naturaleza. Son empiristas en razón de su fe absoluta en la creencia de la naturaleza como autoridad suprema. Y son racionalistas en el sentido que creen en el valor exclusivo de los métodos racionales y analíticos. (Además del materialismo dialéctico, se sitúan en esa corriente materialista de la filosofía principalmente las escuelas neorrealista inglesa (B. Rusell) y el neopositivismo (Schlick, Carnap, Wittgenstein, Reichenbach, etc.).

La base del marxismo es el materialismo dialéctico y su consecuencia sociológica: el materialismo histórico. El materialismo dialéctico con sus dos aspectos: de materialismo filosófico y dialéctica materialista, constituyen el epicentro de la filosofía marxista. El primero acentúa la relación de la materia y de la consciencia, la concepción misma de la materia, el análisis de la fuerza de su existencia y la teoría de la unidad material del mundo. Mientras que la segunda estudia los vínculos generales y las leyes de la evolución del mundo objetivo y su reflejo en la consciencia humana. El materialismo histórico es la aplicación de los principios de la filosofía marxista, al estu-

⁴ Por ejemplo, lo sostiene JEAN ROUX: *Précis historique et théorique de marxisme-leninisme*, Laffont, París, 1969, p. 274. La antítesis del idealismo es el realismo, como acuerdan la mayoría de los filósofos.

⁵ WILHELM DILTHEY: *Historia de la filosofía*, Fondo de Cultura Económica, México, 1957, página 148.

⁶ I. M. BOCHENSKI: *La filosofía actual*, Fondo de Cultura Económica, México, 1975, páginas 63-64.

dio de las leyes que rigen la evolución de la sociedad humana. Como lo definió Engels, que fue el que realmente introdujo el término en el prefacio de 1889 al *Anti-Dühring*: «La concepción materialista de la historia parte del principio de que la producción, y junto a ella el intercambio de sus productos, constituye la base del orden social.» Y es en resumen, de acuerdo a Jean Roux⁷, la ciencia de las leyes generales de la evolución social. O sea una ciencia de la estructura y del desarrollo de la sociedad humana.

El materialismo dialéctico, como filosofía; el materialismo histórico, como sociología, y el socialismo, como sistema económico, constituyen la trilogía del marxismo en general, por lo que faltaría solamente resumir las bases económicas comunes, que también fueron expuestas por primera vez —dentro de esa óptica— por Marx:

1) La aplicación del materialismo histórico a la economía política, lo que permite demostrar el carácter pasajero del modo de producción capitalista.

2) La propiedad colectiva de los medios de producción.

3) El análisis de la alienación del trabajo y el fetichismo de la mercadería, lo que conduce a descubrir la realidad en las relaciones de producción.

4) La «dialéctica interna» del desarrollo de esas relaciones (acumulación, concentración del capital, proletarianización, pauperización, etcétera), lo que explica científicamente la evolución social hacia el fin de la lucha de clases.

Teniendo los sustentos generales, podemos pasar al vastísimo pensamiento de Marx y, sobre todo, a su concepción de las relaciones internacionales.

II. KARL MARX (1818-1883)

Marx nunca elaboró una teoría de las relaciones internacionales, pero sí escribió sobre diferentes aspectos de ellas. Entre sus 487 artículos de prensa⁸ publicados por él y Engels, la gran mayoría tratan de temas internacionales, y si bien no hay una teoría general, al menos existe un conjunto de ideas importantes. Pero previamente entré en el pensamiento general marxiano, ya que él constituye un todo. De tres de las obras principales de Marx: *El Manifiesto del Partido*

⁷ JEAN ROUX: *Op. cit.*, p. 280.

⁸ Cifra de *The American journalism of Marx and Engels*. A Selection from the New York Daily Tribune, editado por HENRY M. CHRISTMAN, The New American Library, Nueva York, 1966, apéndice preparado por LOUIS LAZARUS, pp. 255-267.

Comunista (1848), *Contribución a la crítica de la economía política* (1859) y *El Capital* (libro I, 1867; los dos siguientes fueron publicados por Engels—corredactor del *Manifiesto*—sobre manuscritos de Marx después de su muerte), trataré de extraer las ideas fundamentales que, por descontado, serán incompletas⁹.

El «*Manifiesto*»

1) La historia de toda la sociedad es la historia de la lucha de clases.

2) Existe una contradicción capitalista entre fuerzas y relaciones de producción. La burguesía es capaz de producir cada vez más, pero el reparto de beneficios no sigue el mismo ritmo.

3) Como consecuencia de lo anterior, la burguesía se enriquece en mayor proporción en el tiempo y el resto de la población aumenta su miseria.

4) Esto desembocará fatalmente en que el proletariado—cuando adquiera conciencia de clase—aspire al Poder por medio de la revolución.

5) La revolución proletaria marcará el fin de las clases sociales y el carácter antagónico de su lucha.

6) El Poder político es la expresión de la lucha de clases, ya que la clase dominante lo utiliza como medio para explotar a la clase dominada.

Crítica a la economía política

Según Aron¹⁰, a partir de 1848, Marx cesa, aparentemente de filosofar y se convierte en sociólogo y, sobre todo, en economista, aunque permanece filósofo hasta su muerte.

1) Los hombres entran en relaciones determinadas, necesarias e independientes de su voluntad.

2) En toda sociedad existe una infraestructura o base económica y una superestructura compuesta por el Estado, otras instituciones políticas y jurídicas, las ideologías y las filosofías.

⁹ Existe una corriente marxista que sostiene que lo fundamental de las obras de Marx son las llamadas de «juventud». Estas son, además de los *Manuscritos económico-filosóficos: Diferencias entre la filosofía natural de Demócrito y la filosofía natural de Epicuro, Crítica de la filosofía del derecho de Hegel, La Sagrada Familia, Sobre la cuestión judía*, etc.

¹⁰ RAYMOND ARON: *Les étapes de la pensée sociologique*, Gallimard, París, 1967, pp. 145 y 171. Además de las obras de Aron que se citan en el presente estudio, son también de interés para el tema: *L'opium des intellectuels*, Calmann-Levy, París, 1955; *Marxismes imaginaires*, Gallimard, París, 1970; *La lutte des classes*, Gallimard, París, 1964; *Democratie et totalitarisme*, Gallimard, París, 1965; *Les désillusions du progrès*, Calmann-Levy, París, 1969; *Etudes politiques*, Gallimard, París, 1972, etc.

3) La dialéctica de la historia está constituida por el movimiento de las fuerzas productivas.

4) Las revoluciones no son accidentes políticos, sino la expresión de necesidades históricas.

5) No es la consciencia de los hombres la que determina la realidad; por el contrario, la realidad social determina la consciencia humana.

6) La historia de los sistemas económicos se divide en cuatro clases de explotación esclava, servil o salarial: asiático, antiguo, feudal y burgués. (La Revolución francesa marcó el fin de la etapa feudal.)

El capital

1) La esencia del capitalismo es, ante todo, la búsqueda del beneficio.

2) El problema central del mismo es saber de dónde procede ese beneficio y determinar cómo es posible que en tal régimen los productores y comerciantes puedan realizar esos beneficios.

3) Por la teoría de la plusvalía se demuestra que todo intercambio tiene su valor y que, sin embargo, hay una fuente de beneficios. Esta teoría se basa en las teorías del valor y del salario. El valor de cualquier mercadería está en proporción a la cantidad de trabajo social que contiene, o sea teoría del valor-trabajo. La cantidad del valor-trabajo es el único elemento cuantificable que posee una mercancía. El valor del trabajo se mide como el valor de cualquier otra mercadería. De ello se deduce que el tiempo de trabajo que dedica el obrero para producir un valor igual al que recibe es inferior a la duración efectiva del trabajo.

4) Existen dos medios para aumentar la tasa de explotación (o la plusvalía): *a)* el aumento de la productividad dentro del mismo tiempo de trabajo, y *b)* el aumento del tiempo de trabajo dentro del mismo salario.

5) Las leyes económicas son históricas, cada sistema económico tiene sus leyes propias. La relación económica entre los capitalistas y los proletarios está en función de la relación social de poder entre las dos clases.

6) Los tres factores esenciales de la producción capitalista son: *a)* la concentración de los medios de producción entre un reducido grupo de individuos; *b)* la organización del trabajo como tarea social, es decir, por la cooperación, la división del trabajo y la combinación

del trabajo con las ciencias naturales, y c) la creación de un mercado mundial.

7) La teoría de la plusvalía es la que explica la baja tendencial de la tasa de beneficios y a su vez ésta provoca la autodestrucción del capitalismo, que se puede interpretar por dos vías: a) una dialéctica económica, que es una nueva versión de la contradicción entre las fuerzas de producción crecientes y las relaciones de producción que estabilizan el reparto de rentas entre las masas, o b) un mecanismo sociológico que representa la insatisfacción cada vez mayor de los proletarios, y, por ende, la revolución de los mismos. (El concepto de autodestrucción también se desarrolla en la obra anteriormente resumida.)

8) La etapa transitoria de la dictadura del proletariado, luego una sociedad sin clases y, finalmente, la desaparición del Estado. (Aron considera que esta desaparición tiene sólo un carácter simbólico, y lo que desaparecen son las características de un Estado dado—el capitalista—, porque de lo contrario la economía planificada sería una gran contradicción ¹¹).

En 1875, en su opúsculo *Crítica al programa del Gotha* (publicado a principios de 1891), Marx desarrolla un concepto ya clásico: las etapas sucesivas en el orden económico nuevo. Primero el socialismo, que se resumen por la frase «a cada cual según su trabajo»; luego el comunismo, «a cada cual según sus necesidades». En realidad, de los escritos de Marx se desprenden también las tres etapas políticas que el marxismo soviético en la práctica ha ignorado por completo: la fase transitoria de la dictadura del proletariado, la etapa posterior de la asociación de productores como gobierno de gestión y la culminación de una sociedad sin Estado y sin clases, pero con un cabal respeto por la igualdad y la libertad. Y en eso estriba la principal diferencia entre Marx y la mayoría de los marxismos posteriores, en que el primero—con todos sus yerros—tiene como finalidad suprema el hombre, y los segundos convierten a éste en un instrumento doctrinal.

Marx y las relaciones internacionales ¹²

Como el Estado no es más que una superestructura, Marx no reconoce que la sociedad internacional sea la yuxtaposición de Estados

¹¹ *Les étapes...*, pp. 197-198.

¹² La obra de Engels, en muchos aspectos, se confunde con la de Marx. Por supuesto que esto puede parecer una esquematización abusiva, pero aun reconociendo todos los defectos que ella pueda tener, en el tema planteado no encuentro de fundamental impor-

soberanos y si entiende que las relaciones internacionales se fundan en el antagonismo de clases llevado a la escala mundial, lo cual es una extrapolación externa de su teoría interna. Ese mismo razonamiento lo lleva a sostener que hay que situarse en medio de las relaciones de producción para entrever los conflictos, y que pretender que la lucha por un mundo mejor esté en manos de los Estados, es un anacronismo ridículo.

La visión evolutiva de Marx, que según muchos teóricos domina todo su sistema de relaciones internacionales, es que la revolución mundial debe surgir luego de que el capitalismo se haya universalizado y que se enfrente a contradicciones tremendas, entre los que poseen la fuerza de la producción y aquellos que detentan la fuerza del trabajo. «La universalidad hacia la cual tiende sin cesar el capitalismo encuentra límites inmanentes a su naturaleza, los cuales a un cierto grado de su desarrollo lo hacen aparecer como el obstáculo más grande a esa tendencia y lo empujan a su autodestrucción¹³.»

La marcha de la historia es una progresión constante hacia la unificación del globo, hacia una existencia planetaria del hombre y hacia una historia universal, que se basa en la existencia y la historia locales¹⁴. Marx, además, entiende que es necesario ir a una especialización y una mayor cooperación en materia internacional, tendentes a llegar a la fase superior del comunismo, que se caracteriza —a nivel de naciones— por la división internacional del trabajo. Lo cual lo hace concluir que el individuo parcelado debe ser reemplazado por el individuo integral, que pueda hacer frente a las exigencias más diversas del trabajo y dar un libre impulso a la multiplicidad de sus funciones naturales o adquiridas. En 1864, Marx participa en la formación de la Asociación Internacional de Trabajadores, redactando los estatutos y el discurso inaugural. Un año más tarde es factor relevante en la reunión de la I Internacional, en Londres.

Los fenómenos internacionales están situados por Marx en el contexto general de su pensamiento y no aislados ni merecedores de explicaciones especiales. En el *Manifiesto* se hacía un llamado —bien conocido— a la solidaridad internacional: «Los proletarios no tienen

tancia diferenciar los dos pensamientos. Existe una obra excelente sobre las relaciones internacionales de Marx y Engels escrita por MIKLÓS MOLNÁR: *Marx, Engels et la politique internationale*, Gallimard, París, 1975.

¹³ KARL MARX: *Oeuvres*, Bibliothèque de la Pléiade, Gallimard, París (II tomo, 1968), *Principes d'une critique de l'économie politique*. (Si cito a lo largo de este trabajo traducciones francesas, habiéndolas en castellano, es simplemente porque —por motivos que no vienen al caso— son las que tengo en mi biblioteca. No hay otra razón.)

¹⁴ KARL MARX-FRIEDRICH ENGELS: *L'idéologie allemande*, Editions Sociales, París, 1968, páginas 67-92-93.

nada que perder más que sus cadenas. Tienen un mundo para ganar. Proletarios de todos los países, uníos.» (A esto Lenin le agregó: «y naciones oprimidas del mundo».) Pero Marx vivió lo suficiente para ver que esa solidaridad no avanzaba mayormente. En un discurso pronunciado en Amsterdam critica muy duramente la falta de solidaridad refiriéndose a la Comuna de París, y dice que ésta cayó porque en los demás centros, en Berlín, Madrid, etc., no surgieron movimientos revolucionarios que correspondieran a ese levantamiento del proletariado parisiense. Ya en el *Manifiesto* se decía que, en primer lugar, el proletariado debe conquistar el Poder político, erigirse en clase nacional y constituirse él mismo en cuanto a nación. O sea que Marx-Engels preconizan que la lucha se desarrolle en dos frentes: el nacional y el internacional. Y el día que los antagonismos de clases desaparezcan a nivel nacional, también desaparecerán los conflictos entre las naciones. La estructura dialéctica de la teoría marxiana implica que sus conceptos cambien a medida que se van transformando las relaciones entre las clases sociales. Y la teoría culmina en la noción de coincidencia histórica objetiva, entre el progreso de la civilización y la acción revolucionaria a escala mundial del proletariado industrial.

El pensamiento de Marx, según el especialista que lo analice, tiene diversos orígenes, a veces contradictorios. Aunque existe—desde hace años—una tendencia que empieza con Engels (*Socialismo utópico y socialismo científico*) en 1888, sigue con Kautsky (*Las tres fuentes del marxismo*) en 1902, con Lenin (*Karl Marx*) en 1912, Gramsci (*El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*) en 1937 (publicado en 1948), Korsch (*Karl Marx*) en 1938, hasta llegar a un no-marxista actual: Raymond Aron¹⁵, eximio marxólogo que explica por la conjunción de tres influencias las fuentes intelectuales de Marx:

a) La filosofía alemana, porque de ella tomó una de las ideas fundamentales de Hegel: la sucesión de las sociedades y de los regímenes representa simultáneamente las etapas de la filosofía y las etapas de la humanidad (además de la obvia incorporación de la dialéctica hegeliana).

b) La economía inglesa, sobre todo David Ricardo, porque se sirvió de sus conceptos retomando algunas de las teorías admitidas en su tiempo: la teoría del valor-trabajo o la ley de la baja tendencial de la tasa de beneficio; para buscar una formulación rigurosa y científica de la economía capitalista.

¹⁵ *Les étapes...*, p. 172.

c) La ciencia histórica francesa, de donde tomó la noción de lucha de clases, que figura en todas las obras de los socialistas franceses de fines del siglo XVIII y principios del XIX.

En contra de la opinión de muchos marxistas, la única parte de la obra de Marx que pueda ser considerada verdaderamente científica es su análisis del régimen capitalista. Todo lo demás que marxistas de diversas especies han englobado en el rótulo de «ciencia» (pasaje del capitalismo al socialismo, autodestrucción, régimen de los productores asociados, etc.) no es sino mero historicismo (no científico, según Popper), o lo que llama el elemento «profético» de Marx, desmentido por la historia¹⁶. Marx fue mal interpretado. Su concepto del hombre no permitía concebir un marxismo de hospitales psiquiátricos, de dictadura permanente (y no como etapa transitoria), de inferior nivel de vida que los regímenes capitalistas; sin embargo, es culpable frente a la historia de haber sido precursor de un totalitarismo de hecho y de haber dado los instrumentos para la destrucción de una sociedad —que con todos sus defectos— es más humana que la de sus pseudo-herederos.

El término «marxismo» se aplica generalmente con tres acepciones diversas: 1) al pensamiento de Marx, reconstruido por los politólogos y acorde a su tiempo y a su espacio históricos; 2) al pensamiento de Marx, interpretado por los que se declaran marxistas y lo adaptan —fielmente o no— al tiempo y espacio históricos de ellos; 3) a los movimientos políticos que pretenden actuar o gobernar de acuerdo al pensamiento de Marx, el cual casi siempre desvirtúan.

«Es imposible reconciliar plenamente el marxismo de Marx con el curso de la historia en el siglo XX, si al menos se incluye en el marxismo auténtico el esquema del desarrollo histórico, al mismo tiempo que el método de análisis¹⁷.» «A partir de 1848, Marx creyó que la verdadera manera de filosofar era conocer el mundo social a fin de cambiarlo. Curiosos marxistas aquellos que disertan sobre la alienación o que pretenden cambiar el mundo sin conocerlo¹⁸.»

¹⁶ KARL R. POPPER: *La miseria del historicismo*, Alianza Taurus, Madrid, 1973, y *La sociedad abierta y sus enemigos*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1987.

¹⁷ RAYMON ARON: «L'impact du marxisme au XX siècle», en obra colectiva *De Marx à Mao-Tsé-Toung, un siècle d'internationale marxiste*, Calmann-Lévy, París, 1987, pp. 52-53.

¹⁸ *Idem*, p. 71.

III. LOS MARXISMOS POST-MARX

La muerte de Engels en 1895 —doce años después de la de Marx— puede ser tomada, siguiendo a Pierre y Monique Favre¹⁹, como el punto de partida del marxismo post-Marx. Para J. J. Chevallier²⁰, «la teoría de Marx (y del inseparable Engels) no era algo terminado ni inmutable: el espíritu mismo del materialismo dialéctico se oponía». Por consiguiente, partiendo de la base de que Marx puso los cimientos de la ciencia de las sociedades, los marxistas —algunos (los menos) sin apartarse un ápice del maestro— debían adaptar en tiempo y espacio los postulados marxianos.

Dos corrientes importantes se van desarrollando y dividiendo al marxismo a partir de esa fecha: a) los *continuistas*, algunos ortodoxos, otros introduciendo modificaciones pero pretendiendo ser fieles al pensamiento de Marx, y b) los *revisionistas*, que si bien son marxistas, se apartan en puntos fundamentales de Marx. Esta división la efectuó para seguir por los senderos conocidos y el lenguaje admitido, ya que: 1) Engels simpatizó con las ideas demócratas del socialismo al final de sus días, y por ello para algunos puede ser considerado «revisionista» de última hora. 2) Entre el Marx de los *Manuscritos económico-filosóficos* de 1844 (que él mismo siempre minimizó) y el Marx que en sus últimos días decía que no era «marxista», pasando por el Marx de *El Capital*, hay abismos tan grandes, que habría que empezar por definir a qué Marx nos referimos cuando catalogamos continuistas o revisionistas. 3) Como muy bien dice Aron²¹, un marxista es siempre el revisionista de otro marxista.

A pesar de las ambigüedades comenzaré por los llamados «revisionistas», ya que los llamados «continuistas» se enlazan con el marxismo-leninismo, que se desarrolla en el numeral siguiente.

Los revisionistas

Cuando el marxismo se convierte en la teoría casi oficial del socialismo, esa privilegiada posición le provoca su puesta en causa. Una serie de intelectuales marxistas comienzan un examen crítico de las ideas de Marx y muchos —en el momento que Lenin la condena— se reclaman de la II Internacional (social-demócrata), fundada en París

¹⁹ PIERRE y MONIQUE FAVRE: *Les marxismes après Marx*, P. U. F., París, 1970, p. 5.

²⁰ JEAN-JACQUES CHEVALIER: *Les grandes oeuvres politiques de Machiavel à nos jours*, Armand Collin, París, 1970, p. 251.

²¹ RAYMOND ARON: *Op. cit.*, llamada 17, p. 60.

en 1889, por partidos socialistas de Europa y América, en un principio ortodoxos, luego revisionistas. Esta corriente de socialismo democrático que llega hasta nuestros días, tuvo su más brillante expresión en *Jean Jaurès (1859-1914)*, creador del socialismo humanista y democrático. Pero Jaurès, si bien era revisionista, difícilmente pueda ser considerado marxista y, por tanto, escapa a nuestro análisis.

Eduard Bernstein (1850-1932), evolucionista, confeso y, por ende antirrevolucionario. Sostuvo que el capitalismo no se conforma a las predicciones de Marx, y expresó que este último no debe ser refutado, sino asimilado, luego de realizar un inventario crítico de sus ideas. Bernstein distingue en la obra de Marx²² lo que puede ser atribuido al sabio que se interesa objetivamente por la realidad social y lo que debe atribuirse al revolucionario, cuya fe maltrata la objetividad de los hechos. Además, duda abiertamente de la teoría de la autodestrucción del capitalismo. Su obra principal es *Socialismo teórico y socialdemocracia práctica*.

Karl Kautsky (1854-1938), el gran teórico de la socialdemocracia alemana, es en un principio fiel continuista de Marx y Engels (del cual fue —hasta su muerte— el secretario), publicó entre 1905 y 1910, con los manuscritos que había heredado de Engels y que contenían trabajos de Marx, la *Teoría de la plusvalía o historia de las doctrinas económicas*, que algunos analistas consideran como el IV libro de *El Capital*. Gran crítico de Bernstein y de los revisionistas, más adelante sus ideas evolucionan de tal suerte que de hecho se pasa a ellos. Renuncia a la idea de la autodestrucción del capitalismo y acepta luchar —dentro del régimen capitalista— por simples reformas sociales. Ya en 1902, cuando aún no era considerado «revisionista», en su libro *La Reforma social* había sostenido que sólo el dominio despótico de una clase hace necesaria la revolución, y que la democracia la hace superflua, promoviendo un paso gradual, insensible, del capitalismo al socialismo. Kautsky, a quien Lenin llamó «el renegado», transformó al marxismo en un cientificismo, por lo cual se ha dicho que «recluyó al materialismo-dialéctico en las dimensiones de un monótono mecanismo»²³. Kautsky cree, como Bernstein y como todo socialista en general, en una evolución mundial hacia el socialismo.

Además de los arriba nombrados, fueron también revisionistas los llamados «austromarxistas»: *Rudolf Hilferding (1877-1941)*, que pen-

²² PIERRE y MONIQUE FAVRE: *Op. cit.*, p. 21.

²³ *Idem*, p. 10.

saba que la planificación capitalista internacional exigiría la abolición del liberalismo democrático, tanto en materia política, como en la económica y la ideológica; y que el individualismo capitalista sería reemplazado por un nacionalismo-autoritario-militar (idea que apoyó también Kautsky y que fue una predicción del fascismo y del nazismo, pero no del régimen capitalista en general). Hilferding criticó muy duramente el carácter totalitario del régimen soviético en el período staliniano. Completan esa escuela: Karl Renner, Max y Victor Adler, Otto Bauer, etc. Y hubo otras corrientes revisionistas menos importantes. En la época contemporánea, la principal escuela que ha heredado a los revisionistas (aunque es un revisionismo de «izquierda») es la de Francfort: Horkheimer, Adorno, Korsch, Marcuse, etc., que difieren sensiblemente de los «revisionistas antiguos» y se apoyan en los *Manuscritos*, de Marx, que los anteriores no conocían, pues aún no se habían publicado.

En resumen y en materia de relaciones internacionales, los revisionistas de principios de siglo se alejan de la concepción marxista clásica y de su prolongación marxista-leninista, porque:

- 1) No creen en la autodestrucción del capitalismo.
- 2) No creen en la revolución mundial del socialismo y sí en su evolución dentro de las estructuras capitalistas.
- 3) No creen que el nacionalismo será superado en forma radical.
- 4) Y, como consecuencia de todo esto, no están dispuestos a admitir una dirección rígida de la política internacional por ningún país.

Por ello, al mismo tiempo que se alejan del marxismo llamado «ortodoxo» (denominación harto discutible, pero generalizada), lo hacen del meollo de nuestro desarrollo del tema, y no estimo necesario profundizar más en esta corriente, que tiene como posteriores seguidores a muchos partidos socialistas y socialdemócratas de la actualidad.

Los continuistas

En Francia, *Jules Guesde (1845-1922)*, *Paul Lafargue (1842-1911)*, yerno de Marx, *Gabriel Deville (1854-1940)* se convierten en los máximos panegiristas de Marx, y por ellos el marxismo penetra en el proletariado francés. Capitulo aparte merecería *Georges Sorel (1847-1922)*, tardío marxista (a los cincuenta años), simpatizante del socialismo nacionalista de Péguy; luego del socialismo humanista y democrático de Jaurès, discípulo de Bergson; creador de un sindicalismo-revolucionario; admirador de Lenin y de la Revolución rusa;

coqueteó con Maurras y la ultraderecha de la Acción Francesa; mentor —a pesar de él— de Mussolini, quien declaraba abiertamente que su maestro había sido Sorel; considerado por algunos «revisionista», por otros, «continuista». Para definirlo citaré a Chevallier, quien dijo: «Mezclad a Marx —con una fuerte ración de materialismo histórico— con una alta dosis de Proudhon, a un Bergson fluido y a un Nietzsche explosivo y obtendréis más o menos este pensamiento rico y confuso, a la vez atrayente e irritante»²⁴.

En España, *Pablo Iglesias (1850-1925)*, fundador del PSOE en 1879, interviene en la II Internacional y fue el divulgador de Marx a través —sobre todo— de Guesde, ya que nunca profundizó mucho las fuentes marxistas directas. Si bien apoyó a la Revolución rusa, fue reacio a la III Internacional, y en sus últimos cuatro años de vida se demostró partidario de un socialismo democrático, sin pretender revoluciones sociales e incorporándose al régimen del momento —el capitalista— para mejor luchar por los intereses del proletariado. Por eso, este corto y último período de Iglesias se sitúa en la línea revisionista de la socialdemocracia²⁵.

En Italia, *Antonio Labriola (1843-1904)* llama al materialismo histórico «la filosofía de la praxis», y sostiene que el hombre se produce a sí mismo, así como el proceso de formación integral de la humanidad se identifica con la Historia. Posteriormente, *Antonio Gramsci (1891-1937)*, de un conocimiento enciclopédico, definió al marxismo como un historicismo absoluto, desarrolla los problemas planteados por la filosofía de la praxis y destaca la unidad total de los elementos que constituyen el marxismo. Respecto a los intelectuales, sostiene que son los portavoces conscientes o inconscientes de grupos y, por tanto, desempeñan una función clasista. En sus notas sobre Maquiavelo, dice que no hay que olvidar jamás que en la lucha entre naciones cada una de ellas tiene interés en debilitar a la otra por luchas intestinas y que los partidos políticos son precisamente los instrumentos de esas luchas, y termina preguntándose si la existencia de los partidos políticos responde a una necesidad interna o a una necesidad internacional, inclinándose por la justificación de los partidos, a través de intereses externos. Gramsci, que fue siempre marxista-leninista, permaneció, sin embargo, en tiempos de Stalin con

²⁴ J. J. CHEVALLIER: *Op. cit.*, p. 236.

²⁵ Véase sobre Pablo Iglesias el núm. 11 de la Revista de Ciencias Sociales *Sistema*, de octubre de 1975, dedicada a éste en el cincuentenario de su muerte, y especialmente el artículo de Antonio Elorza «Los esquemas socialistas en Pablo Iglesias», pp. 47-85.

una actitud independiente hacia éste, y fue el continuista marxista intelectualmente más importante de Italia.

En Alemania, *Wilhelm Liebknecht (1826-1900)*, *August Bebel (1840-1913)* son los primeros marxistas influyentes en el movimiento obrero alemán (a pesar de haber tenido sus discrepancias con Marx), mientras que *Karl Liebknecht (1871-1919)* y *Rosa Luxembourg (1870-1919)* son un poco más tarde los jefes de fila de la extrema izquierda alemana y del movimiento «spartakista». Esta última es la personalidad más relevante del marxismo alemán de la época, aunque intelectualmente quizá sea superada por Kautsky.

El pensamiento de Rosa Luxembourg difiere de Marx en un punto, que tiene su importancia: No es preciso esperar la autodestrucción del capitalismo. Cuando éste haya alcanzado su fase superior hay que encarar la aceleración de un proceso revolucionario. Es, en el fondo, una cuestión de «prisa revolucionaria», ya que la Luxembourg cree firmemente en el derrumbamiento del capitalismo cuando dice: «A medida que aumente el número de países capitalistas que participan en la caza de los territorios de acumulación y a medida que se estrechan los territorios todavía disponibles para la expansión capitalista, la lucha del capital por sus territorios de acumulación se vuelve cada vez más violenta y sus campañas engendran, a través del mundo, una serie de catástrofes económicas y políticas: crisis mundiales, guerras, revolución. Por ese proceso, el capital prepara doblemente su propio derrumbe: de un lado, extendiéndose a costa de formas de producción no-capitalistas, hace avanzar el momento en que la humanidad entera no se compondrá más, efectivamente, que de capitalistas y proletarios y toda expansión ulterior, o sea la acumulación, será imposible. Por otra parte, a medida que el capitalismo avanza, exaspera los antagonismos de clase, y la anarquía económica y política internacionales, a tal punto que provocará contra su dominación la rebelión del proletariado universal mucho antes que la evolución económica haya llegado a su última consecuencia: la dominación absoluta y exclusiva de la producción capitalista en el mundo»²⁶.

Rosa Luxembourg se sintió muy afín a las ideas leninistas y llegó a decir que el partido de Lenin era el único que comprendía los verdaderos intereses de la revolución en el primer período y que fue su fuerza motriz. Aunque reprochó su creencia en la eficacia de pequeños grupos ciegamente dóciles al jefe, y además su manera violenta,

²⁶ ROSA LUXEMBOURG: *L'accumulation du capital*, Maspéro, París, 1969, p. 145.

con la cual más adelante condujo la revolución y aplastó a la oposición. Por otra parte, si bien la dictadura del proletariado le parece legítima, la omnipotencia del poder central del Partido Comunista la encuentra en abierta oposición con la democracia. «La libertad es siempre la libertad del que piensa de otra manera²⁷.»

En Rusia, *Plekhanov, Gheoghi Valentinovitch (1856-1918)* funda la primera organización marxista rusa: «Liberación del trabajo», y participa en la II Internacional, a pesar de lo cual permanece un marxista ortodoxo frente a los revisionistas (Boulgakov, Berdiav, etc.). Fue el teórico ruso más importante a través de obras como *Socialismo y lucha política, Ensayo sobre el desarrollo de la concepción monista de la historia, Anarquismo y socialismo, Contribución a la historia social de Rusia, Materialismo militante, Cuestiones fundamentales del marxismo, El obrero ruso en la revolución*, etc., Pero su luz palideció, y con ella su influencia en el pensamiento ruso, por su oposición a los bolcheviques, y principalmente por la aplastante presencia del que fue su admirador y discípulo, si bien luego se apartó del maestro: Wladimir Illich Ulianov²⁸.

IV. EL MARXISMO SOVIÉTICO

Este título conlleva muchos inconvenientes. A partir de 1902 y la publicación de Lenin *¿Qué hacer?*, después de 1914, y más aún de 1917 y la Revolución Rusa, se produce en el marxismo un paradójico fenómeno. El leninismo, y posteriormente el stalinismo, que permanentemente se reclaman del marxismo ortodoxo, se alejan a pasos agigantados de Marx, pero con la preocupación de justificar cada uno de esos pasos por el pensamiento marxiano. El leninismo afirmó que el proletariado no tiene espíritu revolucionario porque no tiene conciencia de la lucha de clases, pero con la revolución de la burguesía (sin burguesía) se declara marxista (!!). El «centralismo democrático» es, según Aron²⁹, el primer ejemplo de mentira institucionalizada y significa todo lo contrario que la democracia, con la omnipotencia consagrada del Partido y de su *élite* dirigente. El Esta-

²⁷ ROSA LUXEMBOURG, citada por JEAN ROUX: Op. cit., p. 99.

²⁸ Los considerados «continuistas» contemporáneos son principalmente: el marxismo estructuralista de Louis Althusser, el marxismo existencialista de Jean-Paul Sartre, el marxismo dialéctico hegelianizado de Georgas Lukács y el marxismo oficial y «ortodoxo» soviético de Konstantinov, que tienen diferencias sustanciales entre ellos.

²⁹ RAYMOND ARON, en su último libro, *Plaidoyer pour l'Europe décadente*, Laffont, París, 1977, p. 54.

do totalitario que se consolida en la URSS se parece mucho más al de la etapa final y apocalíptica del capitalismo cruel que preconizó Marx que al de la imagen que de él mismo quiere dar: el triunfo profetizado por Marx de la revolución socialista y de la sociedad sin clases. La dictadura del proletariado se convierte en la dictadura del partido sobre el proletariado. Nueva justificación del marxismo soviético: el partido es la vanguardia del proletariado, o sea que se identifica con él.

La II y la III Internacional se separan en forma definitiva, porque hasta 1917 el debate era puramente teórico, pero al acceder al Poder un partido que se reclama de Marx, concomitantemente produce dos efectos: 1) pretende, al ser el único que lo ha logrado, que los demás partidos internacionales le reconozcan su liderazgo, y 2) se expone ya no a críticas sobre las interpretaciones teóricas del marxismo, sino a críticas sobre la estrategia y la conducción práctica de la revolución.

En definitiva, no olvidemos que una fracción (los bolcheviques) de un partido (la socialdemocracia rusa) se erige en bastión de la ortodoxia marxista mundial, en la cual representaba una ínfima minoría. Su pretensión de liderazgo universal es —en el fondo— una extrapolación de su teoría del partido como vanguardia del proletariado, que en el campo internacional se convierte en «el socialismo soviético, vanguardia del socialismo mundial» y, por ende, su conductor

Porque en el plano interno, el partido ha tomado el sitio de la clase social (el proletariado), el Comité Central toma el lugar del Partido, el Secretariado General se sustituye al Comité Central y, finalmente, un hombre endiosado encarna el sujeto histórico, teniendo el proletariado como única libertad la de su sumisión incondicional al soberano todopoderoso, reencarnación del más puro y retrógrado absolutismo monárquico, pero que en lugar de basar su legitimidad en el orden natural y divino, la asienta en el orden revolucionario y marxista.

¿Es esto marxismo? Personalmente no lo creo, aunque habrá oportunidad más adelante de ahondar un tema que sería más específico de filosofía política que de relaciones internacionales, y ya he realizado demasiadas digresiones en ese sentido. Por lo tanto, de momento, para simplificar y unificar el lenguaje con el que se ha ampliamente vulgarizado, hagámosles el gusto y llamémoslo: marxismo-leninismo.

Lenin (1870-1924)

El 1 de noviembre de 1914 se publica en Ginebra, en el órgano de los bolcheviques, *Le Social-Démocrate*, un artículo³⁰ que dice, entre otras cosas:

1) El fracaso de la Internacional (la II) es evidente. Es el fracaso del oportunismo, prisionero de la burguesía.

2) La cuestión de la patria no puede plantearse ignorando el carácter concreto de la guerra actual. Es una guerra imperialista, es decir, de la época del apogeo del capitalismo y de su fin.

3) Karl Marx lo ha dicho clara y netamente: los obreros no tienen patria. El socialismo no puede vencer en el antiguo marco de la patria.

4) La burguesía abusa de los pueblos extendiendo el velo de la antigua ideología y de la guerra nacional sobre el banditismo imperialista. El proletariado desenmascarará esta mentira proclamando la transformación de la guerra imperialista en guerra civil. Levantemos el estandarte de la guerra civil.

5) La II Internacional está muerta, vencida por el oportunismo. Abajo el oportunismo y viva la Internacional depurada, la III Internacional.

El autor de este artículo es un revolucionario ruso exiliado, *Wladimir Illich Ulianov...*, más conocido por su apodo, Lenin.

Para extraer de los escritos de Marx y Engels una doctrina conectada con la acción revolucionaria directa, hacía falta la capacidad (intelectual y revolucionaria) de un Lenin. Contrariamente a la mayoría de los marxistas, preocupados por elucubraciones políticas, filosóficas o sociológicas, Lenin—si exceptuamos algunas partes de su *Materialismo y empiriocriticismo*—nunca escribió nada que no tuviese como idea implícita la acción revolucionaria. Por supuesto que en muchas oportunidades expresó—conforme al espíritu del marxismo—que «sin teoría revolucionaria no hay acción revolucionaria», pero su preocupación fue siempre mucho más de acción directa que de edificaciones ideológicas. Lo cual no impide que haya sido uno de los más conspicuos doctrinarios del marxismo, a la vez que su más importante revolucionario.

Lenin, que muy pronto realizó que, a pesar de su admiración por Marx, las obras de éste en su conjunto podían ser peligrosas para la elección de los medios conducentes a la revolución que él quería,

³⁰ Artículo citado por J. J. CHEVALLIER: *Op. cit.*, p. 250.

seleccionó en forma minuciosa las citas de Marx en sus obras. Según Bertram D. Wolfe³¹, las obras marxianas a las que Lenin más se refiere son las del joven Marx de 1844 a 1850, y particularmente el *Manifiesto* y la *Circular del Comité Central a la Liga Comunista*, de 1850. *La guerra civil en Francia*, de 1871, también es bastante utilizada por Lenin, pero sin nunca aludir la posición negativa de Marx respecto al experimento de la Comuna de París. Como tampoco mencionó —hasta que sus adversarios lo atacaron— el discurso de Marx de La Haya de 1872, donde éste expresa su opinión favorable a que en ciertos países —Inglaterra, Holanda, Estados Unidos— el proletariado accediese al Poder mediante procesos electorales.

Marx como pensador propone —de acuerdo con Bertrand de Jouvenel³²— «una versión sistemática de la historia, en la cual las cosas llegan cuando la hora ha sonado; mientras que Marx simplemente hombre quiso el derrocamiento de un sistema social que lo urticaba y propuso los medios políticos para derrocarlo». La demarcación entre el Marx voluntarista y sedicioso y el Marx científico y determinista se efectúa en 1850, en septiembre, cuando hace una declaración que repudia su voluntarismo de la *Circular...*, de marzo del mismo año, y se retira con Engels de la Liga Comunista. Lenin tuvo el don de extraer sus citas marxianas del primer período aludido³³.

En 1917, Lenin elaborará una teoría general del imperialismo, al cual ve como el estadio supremo del capitalismo y así titula una de sus obras³⁴. Las características esenciales del imperialismo son:

- a) La conjunción del capital industrial y del capital bancario para dar forma al capital financiero.
- b) La exportación de mercaderías es reemplazada por la exportación de capitales.
- c) Como consecuencia de los dos puntos anteriores, la nueva tendencia es formar monopolios.
- d) Los monopolios nacionales se convierten en «multinacionales» —diríamos ahora— o en uniones internacionales.
- e) La etapa final es el reparto territorial del mundo entre esas uniones internacionales.

³¹ «Le leninisme», en *De Marx a Mao Tsé-Toung, un siècle d'internationale marxiste*, op. cit., p. 82.

³² *Les débuts de l'État Moderne. Une histoire des idées politiques au XIX siècle*, Fayard, París, 1976, p. 232.

³³ *Idem* que llamada 31, p. 89.

³⁴ «L'imperialisme, stade suprême du capitalisme», *Oeuvres complètes*, Moscú (Editions en langues étrangères), 1967.

f) El imperialismo es «como un capitalismo de transición, o más exactamente, como un capitalismo agonizante»³⁵.

De estos puntos ya clásicos del imperialismo se sacan una serie de conclusiones, siendo las principales, según Roux³⁶: 1) el paso de la libre competencia al monopolio aumenta los peligros de guerra, porque cuando el reparto del globo esté terminado, la lucha por un nuevo reparto conducirá a otros conflictos bélicos entre las grandes potencias; 2) siendo el desarrollo económico de los países muy desigual, la revolución no estallará en todos lados a la vez, sino que vencerá primero en uno o varios países solamente.

Con el triunfo de la revolución rusa en 1917 se confirma esta última conclusión y algunas de las tesis marxianas, pero otras plantean graves interrogantes. En efecto, de acuerdo a la ortodoxia marxista, la ruptura de un país con el capitalismo provocaría la solidaridad proletaria universal y paulatinamente se irían socializando todos los países. Ello no ocurre y Rusia es una República socialista rodeada de Estados capitalistas incólumes y más bien hostiles a su régimen. Lo cual provoca la reacción de la adalid del marxismo ortodoxo, Rosa Luxembourg, quien dice: «Estamos todos sometidos a la ley de la historia y solamente se puede introducir el orden socialista a escala internacional»³⁷.

Frente al hecho revolucionario, los partidos socialistas de otros países podían—según Raymond Aron—elegir entre tres posiciones:

- «Condenar sin reservas la revolución de noviembre de 1917 y denunciar la dictadura del partido sobre el proletariado, presentado falsamente como una dictadura del proletariado.
- Abstenerse de un juicio categórico sobre la revolución de 1917, pero rechazando en todo caso los estatutos de la III Internacional y la subordinación del movimiento obrero internacional a un partido (ruso) confundido con un Estado (la URSS).
- Someterse a las exigencias de la III Internacional, admitiendo que de ahora en adelante el movimiento socialista era de hecho inseparable del destino de la revolución bolchevique y que la obediencia al único partido marxista que había sido capaz de tomar el Poder era a la vez inevitable y justificada³⁸».

En la primera posición estuvieron—por ejemplo—Kautsky y la

³⁵ *Idem.*

³⁶ JEAN ROUX: *Op. cit.*, p. 119.

³⁷ *Ecrits politiques*, Maspéro, París, 1969, p. 89.

³⁸ RAYMOND ARON: *Idem* que llamada 17, p. 26.

socialdemocracia alemana. En la segunda —por ejemplo—, Pablo Iglesias y gran parte del socialismo español, y en la tercera, todos los partidos comunistas que se iban escindiendo del socialismo en diversos países.

La III Internacional, Komintern, fundada en Moscú en 1919, y las 21 tesis de Lenin en el II Congreso de ésta de 1921, provocarían en los partidos socialistas del mundo una crisis superior a la que produjo la misma revolución rusa.

Con la publicación del libro *El izquierdismo, la enfermedad infantil del comunismo*, Lenin aconseja que se utilice a los parlamentos burgueses de otros países como trampolín para la propaganda a las masas y para la eventual toma del Poder por la vía legal. En una de sus tesis (undécima) dijo que la Internacional Comunista debe concluir alianzas temporarias con las democracias burguesas de las colonias y de los países atrasados, pero jamás fusionar con ellas y defender sin reservas la independencia del movimiento proletario mismo en su forma más embrionaria. «En su preocupación de movilizar contra los Estados capitalistas toda la fuerza de oposición —analiza Merle³⁹—, la URSS desde sus orígenes adoptó una línea de conducta que podía justificarse desde el punto de vista del oportunismo político, pero que ya se apartaba singularmente del esquema marxista de la revolución mundial.»

La historia de la Unión Soviética es la historia de la justificación por el marxismo del devenir nacional e internacional y de la paradójica adaptación de textos anteriores a hechos posteriores.

Existen dos maneras —para aquellos que eso les preocupa— de realizar la conjunción entre la teoría política y la praxis:

- 1) Antes seleccionar la línea de pensamiento político a desarrollar en el terreno práctico y adaptar los hechos a esa teoría escogida.
- 2) Iniciar —primero— las acciones y luego buscar las justificaciones en el pensamiento político que haya desarrollado anteriormente la teoría.

El marxismo soviético no sigue ni uno ni otro camino. En primer lugar parte de la base que es un fiel seguidor de Marx, luego crea hechos que poco tienen que ver con el maestro venerado y, por fin, justifica esas acciones distorsionando o fraccionando el pensamiento del semidiós que supuestamente les sirvió de base. Como todo dogmatismo, el marxismo soviético permanece —en teoría— prisionero del dogma, pero en el terreno práctico actúa como cualquier pragma-

³⁹ MARCEL MERLE: *Sociologie des relations internationales*, Dalloz, París, 1974, p. 64.

tismo, despreocupado de combinar teoría y praxis, si bien en algunos casos el dogma prima⁴⁰.

En materia de Derecho público, la Constitución rusa de 1918 otorga a los trabajadores extranjeros residentes en el territorio de la República de Rusia (el nombre de URSS se proclama recién 1922) la ciudadanía a condición de que pertenezcan a la clase obrera o campesina, con la cual se produce la ruptura con los clásicos criterios de *jus solis* y *jus sanguínis*. En el campo del Derecho internacional, la URSS sostiene que, entre su régimen y los capitalistas, solamente puede existir un «Derecho intermediario», cuya función sea precisamente la de limar asperezas entre esos regímenes antagónicos, pero que ese derecho es provisorio; por lo cual tiende a desaparecer a medida de que el socialismo se vaya apoderando de los países burgueses.

Sin duda, el aporte más importante de Lenin a la teoría de las relaciones internacionales fue el de agregar al marxismo el concepto del imperialismo. Falso concepto, por otra parte, en los términos enunciados (que extrajo del antifabiano inglés J. A. Hobson), ya que el imperialismo sería propiedad exclusiva del capitalismo, cuando la historia ha demostrado que el marxismo-leninismo tiene buena parte del valor de dicha propiedad. A propósito de marxismo-leninismo, es bueno recordar que Lenin jamás utilizó ese término. Stalin fue quien lo introdujo con el éxito ya sabido. Así como durante el largo período de omnipotencia de este último, el término «stalinismo» jamás fue utilizado, su uso es posterior y, en su acepción general, peyorativo.

«Lenin y Trotsky se creían sinceramente marxistas en el momento mismo en que sacrificaban partes esenciales del pensamiento de Marx; renunciaban a la visión de un paralelismo entre el desarrollo de fuerzas productivas y la sucesión de regímenes sociales; olvidaban la famosa fórmula (del prefacio de *Contribución a la crítica de la economía política*) según la cual un régimen nuevo no ve la luz del día hasta que sus instituciones no hayan sido reformadas en el seno de la anterior sociedad; dejaban caer implícitamente la primacía de las fuerzas económicas en el devenir histórico⁴¹.»

Trotsky, Lev Davidovitch Bronstein (1879-1940)

Fue el teórico de la revolución permanente, que, según Aron⁴², es una de las dos ideas fundamentales que permiten al marxismo con-

⁴⁰ Por ejemplo, la propiedad colectiva llevada a nivel de dogma, cuando no ignoran que en muchos casos la propiedad individual aumenta la productividad.

⁴¹ RAYMOND ARON: *Op. cit.*, llamada 17, p. 24.

⁴² *Idem*, p. 23.

vertirse en marxismo-leninismo (la otra es de Lenin: el partido como vanguardia, secta de revolucionarios profesionales y organizado sobre la base de lo que se llamó «el centralismo democrático»).

Trotsky reprochaba a Lenin: a) su «jacobinismo centralizador» y su concepción del partido como una *élite*, fundada en la centralización rigurosa y la unanimidad política⁴³, presintiendo —como ello ocurrió— que el poder del partido y del Comité Central llevarían a sobredimensionar a un hombre; b) su rechazo de la libertad de crítica y de la pluralidad de opiniones, así como c) su principio burocrático en el nombramiento de los responsables de la conducción política. Trotsky sostuvo, además, que en un país económicamente más atrasado, el proletariado puede encontrarse en el Poder antes que en un país capitalista avanzado.

Después de la revolución de octubre, Trotsky es nombrado primer comisario del Pueblo para Asuntos Extranjeros (ministro de Exteriores) y se opone con su famosa frase «ni paz ni guerra», a la vez, a la posición de Kryleko y Buckarin de proseguir la guerra, y a la tesis de Lenin de una paz inmediata, pretendiendo exportar la revolución a Berlín y Viena para desencadenar la crisis en aquellos lugares, creyendo en la solidaridad del proletariado. Trotsky quería dilatar las conversaciones con las potencias centrales, luego de haber firmado en noviembre de 1917 un protocolo de armisticio. Inclusive llegó a interrumpir las negociaciones, y ello provoca una ofensiva austro-germana, que termina con la muy controvertida Paz de Brest-Litovsk. Desastrosa para Rusia en el plano internacional, ya que en dicho Tratado, firmado con Alemania y los imperios austro-húngaro y otomano, Rusia reconoce la independencia de Finlandia, renuncia a sus pretensiones sobre Polonia, Lituania, Curlandia (región de Letonia), evacua Livonia (región de Letonia y Estonia), el resto de Estonia, y una parte de la Rusia Blanca; reconoce asimismo la independencia de Ucrania y cede al imperio otomano Kars, Batum y Ardahan. Todo lo cual cuesta a Rusia la cuarta parte de su población y las tres cuartas partes de su producción de carbón y acero⁴⁴. Pero a pesar de ello le permite consolidar su revolución—objetivo primordial inmediato tanto de Lenin como de Trotsky—y aplastar la oposición interna, razón por la cual quizá Trotsky no fue defenestrado, aunque cambió de cartera ministerial (pasó a la de Guerra).

⁴³ TOMSKI hizo esta sintomática declaración: «Bajo la dictadura del proletariado, dos, tres, cuatro partidos pueden existir, pero con una condición: uno en el Poder, los otros... en la cárcel» (citado por JEAN ROUX, *op. cit.*, p. 128).

⁴⁴ Estimación de LUC THANASSECO en *Chronologie des relations internationales, 1914-1971*, Mouton, París, 1972, p. 20.

Hasta el día de hoy se discute si la paz anterior preconizada por Lenin hubiese sido menos costosa para Rusia. Inclusive se ha sostenido que no hubo tal divergencia entre Lenin y Trotsky y que se trató de una estratagema típicamente comunista, ya que Lenin sabía que recuperaría todo lo perdido en Brest-Litovsk al finalizar la I Guerra Mundial. Eso es una verdad a medias. Si bien Rusia recuperó parte de lo perdido al término de las hostilidades (teóricamente la Paz de Brest-Litovsk fue exenta de validez jurídica en el artículo 116 del Tratado de Versalles) e incorporó a Ucrania en 1924; a Letonia, Estonia y Lituania recién las absorbió en 1940; Polonia se convierte en Estado satélite en 1948, Kars pertenece aún a los turcos y Finlandia, hasta el día de hoy, es independiente. Por tanto, si bien es cierto que casi todo lo perdido fue recuperado —tarde o temprano— y de una u otra manera no lo fue de inmediato después de la guerra, y pensar que Lenin sabía que poco perdía en Brest-Litovsk, es atribuirle insuperables condiciones de profeta universal, que personalmente me niego a reconocerle, mientras no se me demuestre lo contrario.

Volvamos a Trotsky, luego de esta digresión. Durante el desempeño de sus funciones en el Comisariado de Guerra, actuó con particular brillo, organizando el ejército rojo con especial violencia (como en la rebelión de Cronstadt en 1921) y con permanente eficiencia revolucionaria, justificando el trabajo forzado en un libro que escribió contra Kautsky en 1920 y donde expresa: «La idea fundamental de este libro es ésta: la historia no ha encontrado, hasta ahora, otros medios para hacer avanzar a la humanidad que el oponer cada vez a la violencia de las clases condenadas, la violencia revolucionaria de la clase progresista»⁴⁵.

A la muerte de Lenin en 1924, «Trotsky... mantiene la popularidad, la gloria. Stalin acumula los poderes. Ambos tienen la Orden de la Bandera Roja. Están en una aparente igualdad. Sin embargo, Trotsky ya ha perdido»⁴⁶. Menos de un año después, Stalin, celoso de las superiores condiciones intelectuales y retóricas de Trotsky (fue el máximo orador de la revolución rusa) y seguro de su propia eficacia y dominio del partido, lo destituye de sus funciones en el Comisariado de Guerra. En 1927 lo excluye del partido y del Komintern, y dos años más tarde lo expulsa de la Unión Soviética. «Era en la época en que

⁴⁵ TROTSKY: *Terrorisme et comunisme (L'anti-Kautsky)*, Union Générale d'éditions, Paris, 1963, p. 314. KAUTSKY había escrito una obra titulada *Comunismo y terrorismo*.

⁴⁶ JEAN ROUX: *Op. cit.*, p. 139.

Stalin no mandaba aún asesinar a sus enemigos»⁴⁷ (aunque más tarde cambiaría de opinión y terminaría con la vida de su más peligroso opositor).

Trotsky empieza entonces su exilio, continuando la redacción de su obra principal, *La revolución permanente*, donde desarrolla los dos aspectos de su teoría: a) la revolución en una sola etapa, sin pasar por la democracia burguesa, y b) la revolución internacional, porque el marxismo procede de la economía mundial, considerada no como la suma de unidades nacionales, sino como una poderosa unidad independiente, creada por la división internacional del trabajo y por el mercado mundial, que en esta época domina todos los mercados nacionales. Publicó otras obras más, y hasta su asesinato, en 1940, siguió criticando a Stalin por su proceso de burocratización, en detrimento del carácter proletario que debiera tener la URSS. En 1938, Trotsky funda la IV Internacional, con muy relativo éxito.

La estrategia de la revolución rusa «evolucionaba lentamente de las concepciones de Marx (revolución en los países más avanzados) a las de Trotsky (revolución en una etapa por el proletariado, sólo en los países semidesarrollados), a las de Lenin (revolución en una etapa del proletariado y del campesinado, luego extensión muy deseable hacia los países industrializados y hacia los subdesarrollados), a los de Stalin (revolución en una etapa del proletariado y del campesinado, en vista del establecimiento del socialismo en un sólo país y eventualmente en otros, de preferencia por intervenciones militares del primer país socialista)»⁴⁸.

Stalin, Iossif Vissarionovitch Djugatchvili (1879-1953)

Cuando Stalin, ya secretario general del Partido Comunista, hereda el Poder en la Unión Soviética, lo hace a pesar del «testamento» de Lenin⁴⁹, que su viuda—Nadia Krupskaja—se empeña en dar a la publicidad y que el Comité Central, por presión de Stalin y con la abstención inexplicable de Trotsky, decide archivar (por 40 votos contra 10). En ese momento todavía quedan algunos centros de poder en la URSS, además de Stalin: en primer lugar, Trotsky y Bukarin, luego sus dos compañeros en el Politburó Kamenev y Zinoviev (que duraron apenas unos días antes de convertirse en incondicionales de Stalin), el presidente Tomski y, por fin, Rykov. «No harían falta más que cuatro años a Stalin, utilizando la táctica de los Horacio contra

⁴⁷ *Idem*, p. 158.

⁴⁸ *Ibidem*, p. 154.

⁴⁹ El texto de dicho testamento se publica en el anexo núm. 3 del libro de BRANKO LAZITCH *Le rapport Khrouchtchev et son histoire*, Le Seuil, París, 1976, pp. 162-164.

los Curiacio, para apartar a esos seis hombres y asegurar su victoria... Trotsky es destituido de sus funciones...; el XIV Congreso separa a los dos cónsules, Zinoviev y Kamenev, expulsados por Stalin, que se apoya en Bukarin. El 9 de noviembre de 1927, Trotsky, Zinoviev y Kamenev son expulsados del Partido. Dieciocho meses más tarde, Stalin se enfrenta a los que él llama derechistas, Bukarin, Rykov y Tomski. Denuncia a Bukarin como jefe de la oposición de derecha⁵⁰.» Así es como se consolida su poder. Con esto y las monstruosas purgas: en 1936, sólo en seis meses, desaparecen (prisioneros o deportados) tres mariscales, 27 generales, 20.000 oficiales⁵¹. Sin contar los numerosos asesinatos de personas relevantes como Trotsky, Bukarin, Rykov, Zinoviev, su primera esposa, Nadiejda Alliluieva; su cuñado Svanidzé, su delfín Sergei Kirov, Ordjonikidzé, Mdivani, Piatakov, el jefe del ejército rojo Tukachensky, Riazanov (director del «Instituto Marx y Engels», al cual suprimió), el suicidio de Tomski, etc. Los genocidios campesinos, los judíos, etc., hasta llegar a la impresionante cifra de más de 100 millones de seres humanos⁵², borrados del mapa por la fría y calculada ambición de un hombre (y no por su demencia, como algunos de sus enemigos lo han dicho, con lo cual lo desculpabilizan, ya que un demente no es responsable de sus actos).

Stalin nunca se había distinguido por su pensamiento ni por una preocupación de orden teórico, hasta que asumió el Poder absoluto y realizó que el secretario general, temido y odiado, debía imponer una doctrina, ya que era el único que podía permitirse el lujo de hacerlo, y se convirtió, por un largo período, en el teórico oficial del marxismo a través de obras como *Materialismo dialéctico y materialismo histórico*, *La cuestión nacional y el leninismo*, *Los problemas económicos del socialismo en la URSS*, etc. Detentador de la verdad teórica e histórica, su aporte al marxismo es ínfimo en cuanto a construcción científica, y grandioso en cuanto a llevar una política prag-

⁵⁰ EMMANUEL D'ASTIER: *Sur Staline*, Plon, París, 1980, p. 73.

⁵¹ Datos tomados del libro antes citado de ASTIER.

⁵² Cuando Solyenitzin provocó un escándalo por sus declaraciones en la Televisión Española de marzo de 1976, al citar 100 millones de muertos, se refería, incluyendo hasta el presente, el número de víctimas. ARTURO RIUBAL (Posible de abril de 1976) lo atacó violentamente (como muchos otros) diciendo: «Solyenitzin miente cuando habla de 100 millones de muertos que el socialismo engendró. Demografía en mano, es fácil probar el vacío de esta información.» ¿Cuál es la demografía que tiene en su mano el señor Riubal? Solyenitzin citó a Kurganov, pero bien pudo haberse referido a otros. Por ejemplo, Boris Souvarine da la misma cifra, pero referida al momento de la muerte de Stalin («Le Stalinism», en *De Marx a Mao-Tsé-Toung*, op. cit., p. 138). Lo mismo dice PAUL BARTON: «Le déficit démographique en URSS», en *Contrat Social*, París, núm. 8 de 1959. Y el comunista polaco ANDRÉ STAWAR da esa cifra de 100 millones de muertos, pero referida sólo al régimen concentracionario (*Preuves-Informations*, 10 de octubre de 1961). A menos que el señor Riubal se conforme con las cifras oficiales de la URSS, cosa que no creo haga con ninguna otra dictadura...

mática totalmente opuesta a Marx, sin dejar de venerar al maestro. «Si cultiva en sus escritos la claridad y pretende hacer obra de pedagogo, muchas veces se basa en simplificaciones, desdeña la investigación científica, sustituye el materialismo dialéctico por una simple relación mecánica entre contrarios. El marxismo, en su pluma, se convierte en invariable catecismo, constituido por textos de Marx, de Lenin, recortados y vaciados de su sustancia dialéctica⁵³.» «Donde la originalidad de Stalin aparece es en el empleo de la astucia y de la violencia combinadas a un grado supremo, para alcanzar ciertos objetivos y, sobre todo, en la capacidad de llevar al infinito de los límites concebibles de la tiranía todo lo que ésta pueda comportar de inhumano y de inmoral⁵⁴.»

Stalin construyó con éxito el socialismo en un solo país, y durante los primeros años su visión de las relaciones internacionales y una cierta prudencia en la conducción de su política exterior, le permitieron dedicarse al programa nacional de industrialización y colectivización agropecuaria. Al contrario de Marx y Engels, es un determinista absoluto en materia económica y se aparta no sólo de éstos, sino también de Lenin, con el papel que pretende hacer desempeñar al Estado y su firme deseo de que éste no se debilite. En el informe sobre el primer Plan Quinquenal dijo: «El decaimiento del Estado se hará no por debilitamiento del poder del Estado, sino por su refuerzo máximo, lo cual es indispensable para destruir los restos de las clases expirantes y organizar la defensa contra el sitio capitalista, que no está destruido y que está lejos de ello»⁵⁵.

Esa renuncia de los conceptos leninistas y marxistas sobre el Estado los lleva, cuando las circunstancias le convienen, al diálogo con los «Estados burgueses». Ningún teórico marxista ruso, un quinquenio después de la I Guerra Mundial (ni Stalin, ni Trotsky, ni Bukarin), pensó en un enfrentamiento con Alemania, y si todos entendían que el enfrentamiento se produciría con Francia e Inglaterra. En 1933, Hitler y el nacionalsocialismo (¡otro más que utiliza la palabra socialismo!) cambiarían ese estado de cosas, y Stalin corre a adherirse a lo que él mismo llamaba hasta entonces «la liga de bandidos», o sea la muy burguesa Sociedad de Naciones. Al año siguiente, en 1935, Stalin, en el VII Congreso de la Internacional, cambia su línea de

⁵³ PIERRE y MONIQUE FAVRE: *Op. cit.*, pp. 81-82.

⁵⁴ BORIS SOUVARINE: *Op. cit.*, pp. 134-135.

⁵⁵ Citado por MERLE: *Op. cit.*, p. 65. Lenin había dicho que «el Estado proletario comienza a perecer luego de su victoria, porque en una sociedad sin contradicciones de clases, el Estado es inútil e imposible» («L'Etat et la révolution», en *Oeuvres complètes de Lénine*, Editions Sociales, París, 1946).

lucha contra los socialdemócratas (que llamaba socialfascistas) y los socialistas (a quienes denominaba socialtraidores), y lanza un llamado a la unión de socialistas y comunistas, en lo que se llamó «la política del Frente Popular». Más tarde, a pesar de la persecución sistemática que sufrían los comunistas en Italia y, sobre todo, en Alemania, ello no le impide coquetear con Mussolini e Hitler y llegar a la firma de un pacto de no agresión con Alemania, en vísperas de la guerra. «Indiferente a la ideología, preocupado exclusivamente de las relaciones de fuerza, Stalin se esforzaba pacientemente en distraer hacia el Oeste las hostilidades amenazantes, descontando que con el agotamiento de las naciones en guerra podría intervenir —*in fine*— con grandes ejércitos intactos⁵⁶» Pero Hitler, con su habitual desprecio (en el cual igualaba o sobrepasaba a Stalin) por los tratados internacionales, invadiría la URSS en 1941 y le complicaría las cosas a Stalin. En un principio, porque al final, gracias a la traición de Hitler, Stalin se sentó en Yalta a repartirse el mundo con Roosevelt y Churchill.

Paralelamente a su actividad bélica, Stalin prosiguió—por intermedio de la III Internacional, hasta su disolución en 1943 y posteriormente con la creación del Kominform—a propagar la hegemonía de la URSS sobre los demás comunismos: «Internacionalista es aquel que incondicionalmente y sin dudar, sin reserva, está pronto para proteger a la URSS, porque es en la URSS que está la base del movimiento revolucionario mundial y que proteger la marcha adelante de ese movimiento revolucionario no es posible sin proteger a la URSS. Porque el que piensa proteger al movimiento revolucionario mundial a pesar y contra la URSS está contra la revolución y resbalará necesariamente en el campo de los enemigos de la revolución»⁵⁷, declaró Stalin, lo cual hace decir a Merle⁵⁸ que «hay que poseer la fe del neófito o la ceguera del militante para aceptar la identificación pura y simple que Stalin continúa proclamando entre la causa de la URSS y la de la internacional proletaria».

En la práctica, Stalin definía con su chovinismo una suerte de lo que Souvarine llama «nacional-bolchevismo» y no un marxismo-leninismo, ni mucho menos un simple marxismo. «No hay, evidentemente, ninguna necesidad de referencias escritas o impresas para comprobar la ruptura de Stalin con el leninismo desde el momento que domesticó primero y luego disolvió de *motu proprio* la III Internacional»⁵⁹.

⁵⁶ BORIS SOUVARINE: *Op. cit.*, p. 139.

⁵⁷ Citado por IVO LAPENNA: *Conceptions soviétiques du droit international public*, Perdone, París, 1954, p. 181.

⁵⁸ MARCEL MERLE: *Op. cit.*, p. 66.

⁵⁹ BORIS SOUVARINE: *Op. cit.*, p. 144.

La teoría del socialismo en un solo país como sistema defensivo contra el sitio del capitalismo, obviamente no está en vigor en nuestros días por la multiplicación de Estados comunistas. «Mao, Tito y Fidel Castro van a continuar la revolución marxista-leninista, poniendo a punto revoluciones en una etapa en donde el campesinado no será solamente el aliado del proletariado, ya sea antes de la revolución (Lenin y Stalin), ya sea después (Trotsky), sino su fuerza principal y casi exclusiva. Se llegaría así a revoluciones en una etapa, sin proletarios⁶⁰.»

La política de Stalin sería duramente puesta en causa por su sucesor, Nikita Khrushchev, aunque concuerdo con una de las tesis de Jean-François Revel⁶¹: el stalinismo no por ello desapareció del comunismo oficial de la URSS y de otros muchos países.

Del stalinismo al... stalinismo

A la muerte de Stalin en 1953, la URSS—por un breve período—vuelve al leninismo en cuanto a dirección colegiada del Partido y, por consiguiente, del Estado. Stalin detentaba, además del Poder absoluto, los dos cargos claves para la conducción política soviética: secretario general del Partido y primer ministro o presidente del Consejo. Era tal el terror que transmitía a sus adláteres, que bien pudo Stalin ser el amo sin los cargos (me refiero al Stalin después de 1936), pero ello, sin embargo, no ocurrió. El 5 de marzo de 1953, la herencia de Stalin se reparte entre Malenkov (nombrado presidente del Consejo de Ministros) y cuatro vicepresidentes: Molotov, Bulganin, Kaganovitch y Beira. Este último sería defenestrado casi de inmediato. *Nikita Khrushchev (o Jruschov)*, el hombre que más adelante se quedaría con toda la herencia, aún sólo es un eficiente y alto funcionario del Partido, el cual en su Congreso de septiembre de ese año lo nombraría primer secretario. Allí debuta realmente la proyección política de Khrushchev.

Hecho en la escuela staliniana, Nikita no tardaría mucho en deshacerse de sus adversarios y encumbrarse como primera figura del panorama soviético. Su método—es verdad—difiere del de Stalin (el empleo sistemático de la violencia), pero los efectos son los mismos. Por ello no duda en el XX Congreso del Partido, en 1956, en realizar un «informe secreto»⁶² denunciando la política de Stalin y sus conti-

⁶⁰ JEAN ROUX: *Op. cit.*, pp. 154-155.

⁶¹ JEAN-FRANÇOIS REVEL: *La Tentation totalitaire*, Laffont, París, 1976.

⁶² Véase el texto completo en BRANKO LAZITCH: *Le rapport Krouchtchev et son histoire*, Le Seuil, París, 1976.

nuos recursos a la fuerza, cuando en realidad está apuntando a implicar a sus rivales del Presídium: Malenkov, Molotov y Kaganovitch, en los crímenes terroristas de Stalin. Un año más tarde caerían en desgracia sus tres adversarios principales y, poco tiempo después, el último, Bulganin, correría la misma suerte; lo que permite al desestalinizador Khrushchev ocupar los dos cargos de su antiguo amo, la presidencia del Consejo de Ministros y la secretaría del Partido.

Su aporte teórico al marxismo-leninismo es casi nulo, pero, sin embargo, el «khrushchevismo» tuvo su importancia en las relaciones internacionales. Un hecho es evidente: Khrushchev se dio cuenta de que al pueblo ruso le hacía falta una cierta liberalización del régimen de terror y una elevación de su nivel de vida. Y quizá haya sido sincero en esa toma de consciencia adquirida en sus numerosos viajes al extranjero (Stalin casi nunca salió de la URSS). A la vuelta de un viaje a los Estados Unidos, dijo a un miembro de su comitiva: «He visto a los esclavos del capitalismo y viven bien»⁶³. Y más adelante expresó a algunos colegas del Partido: «¿Qué mal habría en untar una capa de mantequilla sobre nuestras enseñanzas marxistas-leninistas?... Con buenos alojamientos, una vida mejor y más abundante, con buenos colegios, ganaríamos todos los pueblos a la causa socialista y al comunismo»⁶⁴.

En el campo internacional, Nikita se reconcilia con Yugoslavia (temporalmente), admitiendo así que pueda haber un comunismo independiente de Moscú, lo cual le provocaría grandes dolores de cabeza, ya que por ese «mal ejemplo» otros comunismos tratarían de independizarse. Y no me refiero al chino, que es tema aparte. En la dialéctica marxista, Khrushchev engendra su antítesis: Mao, que ve con malos ojos el «revisionismo ruso». Más allá del problema real entre estas dos personalidades muy diferentes y con diversos enfoques del marxismo-leninismo, existe un enfrentamiento cierto entre dos naciones: la rusa y la china, con intereses contrapuestos, concepciones distintas sobre la marcha de las respectivas revoluciones y divergencias en la acción política a desarrollar a nivel universal, especialmente con el llamado «Tercer Mundo».

Khrushchev entendió que debía optar entre el desarrollo de su país o la solidaridad internacional con los movimientos comunistas, y sin dudar escogió lo primero. La era Khrushchev es la era del «Sputnik», la perra «Laika», Yuri Gagarin, el despegue tecnológico soviético, la carrera de competición armamentista, es decir, la era termonuclear

⁶³ Citado por THOMAS P. WHITNEY: *Khrushchev Speaks*, Ann Arbor, Michigan, 1963, p. 5.

⁶⁴ *Idem*, p. 4.

del «equilibrio del terror», para utilizar el concepto—ya clásico—de Raymond Aron. Pero también es era Khrushchev: la represión soviética en Hungría, los conflictos con Polonia, el muro de Berlín, la expulsión del mariscal Jukhov, la crisis de los misiles en Cuba, la aventura congoleña, la reimplantación de restricciones culturales en la URSS, etc. Nikita enunció en 1957 un avance de la doctrina, que se haría efectiva más tarde, de «coexistencia pacífica»: «Vivir sin guerra sobre la base de la competición pacífica, ésta es la esencia de la coexistencia pacífica»⁶⁵.

La crisis de los misiles en Cuba fue punto álgido del régimen Khrushchev. No entraré en detalles—que no vienen al caso—, pero sí quisiera despejar un equívoco: la supuesta derrota rusa. El objetivo principal de Khrushchev era el mantenimiento del régimen castrista, así como el de Kennedy era su derrocamiento. Nikita dio marcha atrás en el último instante y Kennedy apareció como vencedor. Cierto. Pero no lo es menos que Cuba sigue siendo comunista y que los Estados Unidos retiraron las bases de Turquía. Victoria a lo Pirro.

Pasada la etapa de la guerra fría—que muchos autores hacen coincidir con el fin de la crisis cubana⁶⁶—, Khrushchev afirma sus postulados expresando: «Los pueblos y los Estados solamente tienen una alternativa: o bien la coexistencia pacífica, la competición económica del socialismo y del capitalismo, o bien una guerra mundial de genocidio. No queda otra elección⁶⁷... «La guerra no es inevitable. Cuanto más activamente el pueblo defiende la paz, más grande será la garantía de que la guerra no tendrá lugar»⁶⁸, había dicho unos años antes, renunciando así al concepto de «guerra inevitable» entre capitalistas y comunistas, que había preconizado todo el marxismo-leninismo. Pero Khrushchev era un marxista-leninista de su propia cosecha, con una gran carga de «populismo». Por ese motivo en su concepción doctrinaria «la teoría de la dictadura del proletariado fue reemplazada por el concepto de un Estado pan-popular, mientras que el partido del proletariado se convertía en el partido del pueblo entero»⁶⁹.

En julio de 1964, Khrushchev—quizá creyéndose Stalin—convocó una reunión de todos los partidos comunistas para diciembre, en la cual pensaba atacar duramente a China y aislarla (un año antes se

⁶⁵ Discurso pronunciado en ocasión del 40 aniversario de la Revolución de Octubre.

⁶⁶ Personalmente concuerdo con esa fecha, aunque el fin de la guerra fría ha sido situado en muy diversas fechas, desde la muerte de Stalin en 1953, hasta la Conferencia de Helsinki en 1975.

⁶⁷ Citado por JEAN ROUX: *Op. cit.*, p. 243.

⁶⁸ Citado por MERLE FAINSD: «Le Khrouchtchévisme», en *De Marx a Mao-Tsé-Toung*, *op. cit.*, p. 158.

⁶⁹ M. FAINSD: *Op. cit.*, p. 174.

había producido la ruptura ideológica oficial entre China y la URSS a raíz de los famosos «25 puntos» de discrepancia entre el PC chino contra el ruso). Pero China ya tenía varios adeptos, y ante el riesgo de un fracaso o de una mayoría muy justa en la reunión de fin de año, Khrushchev fue obligado a renunciar, el 15 de octubre de 1964, «por razones de salud». China, al día siguiente, como avalando la predicción soviética del posible fracaso, hacía explotar su primera bomba atómica...

Mientras tanto, en Moscú se vuelve a punto cero, o sea al año 1953 y la necesidad de llenar el vacío. Khrushchev significó un cierto movimiento liberalizador dentro del marxismo-leninismo y su era conoció el despegue industrial y técnico de la Unión Soviética. Pero indiscutiblemente —en la óptica de los imperialistas intereses soviéticos— pesó bastante menos que Stalin en las relaciones internacionales, con el agravante de que tenía detrás un país mucho más poderoso (y que había casi colmado el foso tecnológico que lo separaba de Estados Unidos) que aquel que en 1953 había legado Stalin.

Poco tardaría *Leonid Breznev* (o Brejnev) en seguir los pasos de sus antecesores y hacerse con el Poder absoluto, si bien, hasta ahora, nunca quitó el cargo de primer ministro a Kossyguin y ha seguido aguantando la figura archidecorativa del presidente Podgorny. Precursor, con Nixon, de la *détente* o distensión, fase evolucionada de la coexistencia pacífica, aunque «la distensión a lo Breznev consiste en obtener del mundo capitalista ventajas económicas, continuando a desestabilizarlo y sin ceder en nada en materia de libertades»⁷⁰.

Según Sánchez Bella⁷¹, la distensión «es una simple atenuación de la tensión que reinaba entre el Este y el Oeste en la época de la guerra fría. La "coexistencia pacífica" es una concepción de las relaciones entre Estados o entre grupos de Estados animados de principios y persiguiendo fines diferentes». No concuerda con la definición de estas dos fases en las relaciones internacionales entre los dos bloques. Por un doble motivo: teórico e histórico. Si lo encaramos desde el punto de vista histórico, la distensión, la coexistencia pacífica o el derecho intermediario tienen sus orígenes en los inicios de la Unión Soviética y en la estrategia leninista de sus últimos tiempos: tratar de consolidar el régimen soviético frente a un mundo que en su totalidad le era hostil desde la óptica de los Estados, pero que él confiaba le sería solidario desde la base proletaria de cada nación respectiva. «Si bien la escuela preparatoria que conduce el movimiento obrero

⁷⁰ JEAN-FRANÇOIS REVEL: *Op. cit.*, pp. 367-368.

⁷¹ *Revista de Política Internacional* núm. 141, p. 20.

a la victoria sobre la burguesía es en el fondo, en todas partes, la misma, este desarrollo se verifica en cada país a su manera. Los grandes Estados capitalistas avanzados transitan ese camino mucho más rápido que el bolchevismo, al cual la historia concedió un plazo de quince años para prepararse a la victoria, en cuanto a tendencia política organizada⁷²»

En el período stalinista, la estrategia cambia según las circunstancias, hasta 1945, fecha en la que empieza el deterioro relacional entre las dos grandes potencias y que prepara la etapa de la «guerra fría», que se inicia en 1947 con el discurso de Truman ante el Congreso americano (12 de marzo), prosigue con el de B. Baruch en Columbia (introducción del término en sí, el 12/4), continúa con el de Marshall en Harvard (5 de junio) y se desata en julio, según André Fontaine⁷³, al dividirse Europa entre los clientes del Plan Marshall y los satélites de la URSS. Su apogeo lo sitúa Duroselle entre los años 1949 (crisis de Berlín y primera explosión atómica rusa) y 1953 (muerte de Stalin y primera bomba H rusa)⁷⁴. Con la política de *New Look*, preconizada por Radford y aprobada por Eisenhower («represalias masivas» en caso de violación de territorios; «represalias inmediatas» por armas nucleares y *no sanctuary*, es decir, que no prevendrían el lugar donde golpearían nuclearmente), la guerra fría prosigue su curso hasta 1956. Con el lanzamiento del «Sputnik» y los primeros misiles intercontinentales soviéticos, la guerra fría—valga la redundancia—se enfría. Y en 1962, con la crisis de Cuba y la suspensión de explosiones aéreas por parte de las dos grandes potencias, entramos en la etapa que, ya hemos visto, enunció Khrushchev como de coexistencia pacífica. Y en 1969 la llamada «doctrina Nixon» y su entendimiento con Breznev provoca la era de la distensión, definida por Oleg Zinam como «la relación entre las grandes potencias, basada más bien en el reconocimiento mutuo de terrenos de interés común..., que en la política de enfrentamiento, hostilidad y conflicto»⁷⁵.

Llegando a la faz teórica de la definición de Sánchez Bella, la «coexistencia pacífica» no es «una concepción de las relaciones entre

⁷² LENIN: *La maladie infantile du communisme. Ye Gauchisme*, Union Générale d'editions, París, 1962, p. 139.

⁷³ ANDRÉ FONTAINE: *Histoire de la guerre froide*, tomo I, p. 388. Hay quienes hacen remontar la guerra fría al discurso de Churchill en Fulton, el 5 de marzo de 1946.

⁷⁴ Véase el excelente libro de historia de JEAN-BAPTISTE DURROSSELLE sobre el período 1945-1970: *Le monde déchiré*, dos tomos, Editions Richelieu, París, 1970.

⁷⁵ En *Revista de Política Internacional* núm. 144, p. 105. Sobre el tema de la distensión y de la coexistencia pacífica, además de los citados, véase—en la misma Revista—los números 143 (art. de EMILIO BARCIA sobre «La detente, el SALT y el futuro equilibrio atómico», y 147 (art. de MARION MUSHKAT: «¿Se acerca la distensión a su fin?»). Me refiero a los últimos estudios solamente.

Estados», si entendemos por concepción un sistema interpretativo que responda a una escuela de pensamiento⁷⁶, sino simplemente una táctica relacional, integrante de una estrategia de política internacional. Estrategia que es una constante de las relaciones internacionales de la Unión Soviética. Como su retorno actual al culto de la personalidad, que en el fondo sólo abandona por intermitencias a lo largo de su historia. Porque su historia está muy marcada, por lo que Khrushchev —atacando a Stalin—, y refiriéndose a la elevación de una persona y a su transformación en un superhombre, calificó como «tan extraño al espíritu del marxismo-leninismo»⁷⁷.

«Que es, pues, responsable de esta exaltación de un líder en el marxismo y especialmente en su retoño comunista ... la importancia de la doctrina para el movimiento político, la necesidad de una autoridad definitiva en su interpretación y aplicación a las circunstancias políticas y sociales mudables. Además, a medida que el marxismo quedó implantado en Rusia, penetró en una sociedad donde el pensamiento radical consideraba a la política no sólo como uno de los muchos sectores de la vida, sino como la disciplina suprema que abarcaba esas esferas que en el Occidente se habían relegado hacia tiempo a la religión, la estética o la filosofía personal de cada individuo⁷⁸.» El surgimiento del conductor —del mandón de Miguel de Unamuno— del hombre, que, según Harold Lasswell, desplaza los afectos privados hacia objetos públicos, del líder al que siguen por terror o por motivaciones economicosociales; es lo que ha permitido a la URSS (además de otras obvias condicionantes) ocupar la posición rectora del movimiento marxista-leninista mundial, como asimismo lo que permite —merced a la aparición de otro líder— poner su supremacía en cuestión.

V. LOS MARXISMO-LENINISMOS INDEPENDIENTES

Tito (Josep Broz)

El «titoísmo» presenta peculiares características para su análisis. Es el primer movimiento policentrista del mundo marxista-leninista y sus raíces son complejas. Tito organiza durante la II Guerra Mundial un verdadero ejército del estilo que Lenin hubiese llamado «el

⁷⁶ De acuerdo a la definición que di en un anterior estudio: «La concepción clásica de las relaciones internacionales», núm. 149 de esta REVISTA.

⁷⁷ Véase el texto del informe Khrushchev en BRANKO LAZITCH, *op. cit.*, p. 143.

⁷⁸ ADAM B. ULAM: «El patrón marxista», en obra colectiva *Filósofos y estadistas*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1978, p. 146.

pueblo en armas». Su comunismo, así como su personal devoción a Stalin en sus primeros pasos revolucionarios, desmienten una separación por motivos personales o por divergencias ideológicas básicas, en cuanto al aspecto doctrinario del comunismo yugoslavo.

Jefe del Gobierno revolucionario después de la contienda mundial, Tito no pretende apartarse del bloque soviético, como lo demuestran sus numerosos tratados firmados—en aquella época—con otros países del Este. Pero en el movimiento comunista yugoslavo existe una fuerte tendencia de nacionalismo federal y, además, un deseo de industrialización propia que molestan a Stalin, si bien aún no se vislumbra la ruptura, que, por otra parte, descartaba totalmente este último. La primera reunión del Kominform tiene como sede Belgrado, y la finalidad principal de este nuevo organismo internacional comunista—sucesor del Komintern—es precisamente la de crear un instrumento de control y cooperación entre todos los partidos comunistas invitados. «El Kominform, que se proponía dar un barniz internacional a la dominación soviética sobre el comunismo extranjero, falló en todos sus puntos. No pudo superar la única crisis que debía resolver: la defección yugoslava..., languideció durante algunos años..., para expirar sin bombo ni platillos en los remolinos del stalinismo⁷⁹.»

Fracaso, pues, del Kominform en Belgrado y comienzos de la separación ruso-yugoslava, ya que Tito se oponía a las directivas imperialistas de Stalin—por Yudin interposito—y que pretendían antagonizarlo con los partidos comunistas de Francia, Italia, Bulgaria y Albania. Luego se agudiza la crisis cuando Yugoslavia propone la creación de una Federación Balcánica, compuesta, además, por Bulgaria, Rumania, Albania y Grecia. Stalin, desde un tiempo atrás, quería que Yugoslavia anexara pura y simplemente a Albania, y en febrero de 1948 convoca a Tito y Dimitrov a Moscú, propugnando una federación yugoslavo-búlgara, en el entendido de que los búlgaros, fieles a su persona, lograrían colocar a Yugoslavia en el redil soviético. Tito se niega a estas nuevas condiciones de federación, fracasando, pues, la reunión de Moscú. Yugoslavia—por otra parte—no participaría en la segunda reunión del Kominform en Ucrania (junio de 1948) por falta de garantías. En esa asamblea, Stalin y sus satélites critican muy duramente a Yugoslavia y la ruptura se efectúa, teniendo consecuencias nefastas para Tito y su régimen, quien se vio denunciados todos sus acuerdos con la URSS y sus adláteres, padeciendo económicamente momentos muy difíciles, hasta que en 1950 se decide a apelar a la ayuda occidental.

⁷⁹ ADAM B. ULAM: «Le titisme», en *De Marx a Mao-Tsé-Toung*, op. cit., p. 195.

Como siempre ha pasado (con Yugoslavia, China, Albania, etc.), en caso de ruptura o fricción dentro del bloque soviético, no pocos dijeron que se trataba de una artimaña más del comunismo internacional, que es un conjunto sin fisuras. Lo cual, ciertamente, no es así. Aun sin desconocer las tretas comunistas de pseudoconflictos, la historia ha demostrado suficientemente que hubo rupturas verdaderas.

Ahora bien, ¿por qué fue Yugoslavia la primera disidente del único bloque marxista-leninista existente y que comandaba la Unión Soviética? La respuesta no es sencilla, pero ha sido ya dada en múltiples estudios⁸⁰ y basándose en una cadena de motivos:

1) Yugoslavia fue el único país socialista que en la II Guerra se había liberado a sí mismo y casi con sus propias fuerzas.

2) La intervención del Ejército Rojo fue tardía y con rasgos inusitados de barbarie hacia la población local, sobre todo en la liberación de Belgrado.

3) Las quejas yugoslavas sobre esos episodios fueron completamente desatendidas por Moscú.

4) Los soviéticos siguieron aumentando el malestar al crear compañías mixtas (URSS-Yugoslavia), en las cuales exigían que la mayoría del aporte del capital fuese yugoslavo, y el control absoluto, ruso. Lo cual provocaría continuas fricciones entre los «consejeros» soviéticos y los burócratas yugoslavos. (Se podrá argumentar que lo mismo ocurrió en otros países del bloque, sin provocar fisura, pero Yugoslavia, por los motivos que hemos dicho y seguiremos desarrollando, no es un país satélite más.)

5) La URSS opuso su veto—ya se dijo—a la Federación de Balcanes propuesta por Yugoslavia, queriendo imponerle otra distinta.

6) La URSS no sostuvo en absoluto las reivindicaciones yugoslavas en el conflicto de Trieste.

7) La personalidad de Tito y su enorme popularidad eran incompatibles con el egocentrismo de Stalin.

Todas estas razones, sumadas al pensamiento nacionalista-federal de Tito, provocaron que en la reunión del Comité Central del comunismo yugoslavo la votación fuera aplastante a favor de la independencia hacia el liderazgo de la URSS: sólo votó en contra el ministro de Finanzas, S. Zujovitch—alentado por Stalin—, y que posteriormente fue destituido de su cartera ministerial y del Comité Central.

⁸⁰ Por ejemplo, en la *op. cit.* de JEAN-BAPTISTE DUROSSELLE, pp. 128-134.

Detrás de Tito, y hasta 1954, se mantuvo el máximo ideólogo marxista yugoslavo, *Milovan Djilas*. Ministro, secretario del Partido, presidente de la Asamblea, Djilas hacía figura de primer lugarteniente de Tito, además de ser su más importante doctrinario. Criticaba duramente la ruta que había seguido el marxismo de Marx vía Bernstein en Occidente y vía Lenin en Oriente, diciendo que de ello no quedó nada del marxismo auténtico. Censuró que en el comunismo el Partido ha creado a una clase, y que mientras ésta se fortalece aquél se debilita. Resumiendo, pensaba que el Poder y la propiedad estaban concentrados en las mismas manos y que la época heroica del comunismo estaba superada, ya que éste no tiene nada más que ofrecer al pueblo, terminando por declararse partidario del pluralismo y de la libre discusión⁸¹.

Djilas no tuvo en cuenta —premeditadamente o no, sus versiones posteriores no aclaran fehacientemente este punto— que si bien Tito era antisoviético, no por ello dejaba de ser marxista-leninista. Y ese olvido o esa intencionada y revolucionaria doctrina le valió a Djilas su defenestración y varias estadías en cárceles yugoslavas.

En los aspectos económicos, el verdadero revolucionario yugoslavo ha sido *Eduard Kardelj*, creador de los consejos obreros, teórico de la autogestión, lanzador en 1961 de la «segunda revolución yugoslava», con mecanismos típicos capitalistas (economía de mercado, libertad de precios, búsqueda del beneficio, etc.), dejando la socialización en la industria con la autogestión, pero con un sector agropecuario que en su casi totalidad es de propiedad privada.

Tito, que bajo Stalin fue el «portaestandarte del imperialismo y la traición», con el primer Khrushchev pasó a ser «el pionero de la desestalinización», para convertirse, luego de los sucesos de Hungría en 1956 (en los cuales se le atribuye la culpabilidad del ejemplo), en «el desviacionista». En las relaciones internacionales, las principales características del «titoísmo» son:

1) La afirmación del derecho de independencia de cada Estado socialista, rechazando la «satelización» de los pequeños en torno a los grandes.

2) La idea de que cada socialismo debe edificarse en función a los caracteres nacionales y a las aspiraciones propias, mismo siguiendo sendas originales, si ello es necesario y la solidaridad comunista internacional sólo puede proporcionar ayuda y no directivas.

⁸¹ Véase *La nouvelle classe dirigeante*, Plon, París, 1957 (libro por cuya lectura fue recluido —una de las veces— Buckovski en un hospital psiquiátrico).

3) La afirmación de la coexistencia pacífica entre el capitalismo y el socialismo como la estrategia más apropiada (que, por otra parte, es la que garantiza la supervivencia de regímenes como los de Tito).

4) Convertir a Yugoslavia en el portavoz de los países no alineados (que últimamente ha ido perdiendo—en la práctica—porque, en primer término, Yugoslavia no está en condiciones económicas de ayudar a nadie, sólo puede aportar solidaridad y buenas palabras; en segundo lugar, por la preponderancia—cada vez mayor—de China, de los países árabes y del bloque afroasiático en general).

El destino de Yugoslavia, a la muerte de Tito, se presentará incierto. «Por una ironía del destino, muchas tesis del marxismo-leninismo destinadas a describir las tendencias ineluctables del mundo capitalista se han revelado también justas para el mundo comunista. La rivalidad imperialista, por ejemplo, constituye la etapa más alta del comunismo»⁸². Lo cual no quiere decir que Yugoslavia caiga necesariamente en el redil moscovita. El ejemplo de Albania—sin un Tito—está latente para que, por lo menos, la duda subsista...

Mao Tse-Tung (1893-1976)

A Mao poco le preocupan los problemas internacionales en los inicios de su increíble trayectoria, que fue más la de un guerrillero revolucionario de genio, que la de un doctrinario del marxismo-leninismo; filosofía política a la cual adhirió en 1920, a instancias de Li Ta-Chao y Tchen Tu-Hsiu. Por aquellas épocas, Mao realizó que la única forma para destruir definitivamente el ancestral comportamiento chino (el régimen de los manchúes había sido derrocado en 1911 por Sun Yat-sen, pero las costumbres del pueblo poco habían cambiado) era la de Lenin: un partido político dominado por la clase dirigente, interpretando la voluntad de las masas. El Komintern prácticamente obligó a Mao a integrarse en el Kuomintang, el partido nacionalista burgués de Sun Yat-sen, y esa alianza forzada duró hasta 1927, fecha en que el PC chino se separa definitivamente del Kuomintang (que a la muerte de Sun Yat-sen, en 1925, había heredado Chang Kai-Chek).

A partir de ese momento, Mao, actuando por cuenta propia, cambia uno de los conceptos fundamentales del marxismo-leninismo, de acuerdo al cual era imprescindible la insurrección del proletariado urbano como previo paso para acceder al Poder. Mao se apoya en

⁸² ADAM B. ULAM: *Op. cit.*, en llamada 79, p. 215.

el campesinado para emprender su largo trayecto, que lo llevaría finalmente al dominio total de China. Primero establece la República Soviética China de Kiangsi (sudoeste chino, con unos 20 millones de habitantes) y se erige en presidente. Luego de varias ofensivas de Chang Kai-Chek contra esa República, en 1934 debe abandonarla y emprender con 130.000 hombres la «larga marcha», de más de 12.000 kilómetros, durante un año largo, y en la que perdió las tres cuartas partes de sus efectivos, llegando a la provincia de Shansi (noroeste chino), donde se vuelve a establecer y se hace nombrar presidente del Comité Central del PC chino. Durante el transcurso de sus continuos enfrentamientos con el Kuomintang, Mao preconiza—contra toda la teoría militar de Oriente y Occidente, de llevar a cabo campañas decisivas solamente cuando se está en condiciones de superioridad—que la «superioridad absoluta existe solamente al fin de una guerra o de una campaña; rara vez existe al inicio»⁸³. Y el aspecto político de la estrategia de Mao es convertir la guerra revolucionaria en guerra total. Lo cual no le impide contemporizar con Chang desde 1937 hasta el fin de la Guerra Mundial, a fin de combatir al enemigo común, Japón, aunque no fueron pocos los enfrentamientos entre ambos bandos chinos en ese «período de transición».

Cuando finaliza la Guerra Mundial, Mao controla todo el norte de China (menos las grandes ciudades), una parte de la China central y algunos núcleos del Sur. Desde ese momento (1945) hasta octubre de 1949, en que Mao proclama la República Popular China y Chang Kai-Chek se refugia en Taiwan, los enfrentamientos entre los dos ejércitos—el nacionalista y el comunista—fueron cada vez más frecuentes, hasta convertirse en guerra civil. Chang tuvo el apoyo de Marshall y los americanos, y Mao el de los soviéticos. Pero ambos sustentos fueron de relativa importancia en el desenlace final.

Mao, que había sido un revolucionario de excepcionales condiciones, una vez consolidado en el Poder se ve encumbrado a la categoría de «gran filósofo» y de «personalidad genial en todos los campos». La verdad es que de sus tres principales obras filosóficas, la primera, *Materialismo dialéctico*, es confusa y no realiza ningún aporte al marxismo-leninismo, demostrando, por el contrario, una cierta ignorancia de los escritos de Marx-Engels. Las dos posteriores, *De la experiencia* y *De la contradicción*, ya denotan un estudio un poco menos superficial de los textos marxistas.

Sostiene—por ejemplo—que la materia está autodeterminada, la

⁸³ Citado por ARTHUR A. COHEN: «La maoísmo», en *De Marx a Mao-Tsé-Toung*, op. cit., página 223.

contradicción regenta todas las cosas, trascendiendo la unidad, subraya que el conocimiento es —en primer lugar— una parcialización de la práctica y solamente luego una intuición personal. De todas formas —en el plano filosófico— no es importante su aporte.

En el desarrollo de la política interna, así como en el campo de las relaciones internacionales, la presencia de Mao es —por el contrario— muy grande. En el plano interno, Roux⁸⁴ divide la política de Mao en cinco fases principales, que retomaré para resumir:

1) *La neodemocrática* (1949-1952), caracterizada por la eliminación de la oposición; depuraciones dentro del Partido; persecuciones religiosas (no deja de tener gracia el nombre de esta frase...); primeras campañas de nacionalización; transformación ideológica de las masas; inicio de la reforma agraria, etc.

2) *La del primer Plan Quinquenal* (1953-1957), duplicación de la producción industrial; comienzo de la transición hacia el socialismo (en 1956 ya el 99 por 100 de la producción está en manos del Estado); colectivización agraria (90 por 100 en 1957); campaña de las «Cien Flores», que degeneró en una radical depuración de intelectuales y la consagración del principio de la combinación del trabajo físico con el intelectual, etc.

3) *La del «Gran Salto»* (1958-1960), segundo Plan Quinquenal; comunas rurales como base de la organización campesina; comunas urbanas, en base a equipos de producción, etc.

4) *La del reajuste y nuevo impulso* (1961-1966), promoción enorme de la industria ligera; explosión de la primera bomba atómica; sosteniendo ritmo de crecimiento anual (5 por 100 en el sector agropecuario y 11 por 100 en el industrial); lanzamiento del tercer Plan Quinquenal; retiro de la ayuda soviética, etc.

5) *La de la Revolución Cultural* (1966-1969, primera etapa; la segunda, con altibajos, duró hasta la muerte de Mao); depuración de la «línea negra» del Partido; los estudiantes se convierten en la Guardia Roja; formación de comités revolucionarios permanentes; auto-crítica periódica del Partido; lucha contra el egoísmo y el revisionismo por la liquidación del llamado «interés privado»; exposición de los dos objetivos primordiales de la Revolución Cultural; renovación del PC chino y metamorfosis de sus cuadros principales⁸⁵. En este

⁸⁴ JEAN ROUX: *Op. cit.*, pp. 229-239.

⁸⁵ DANIEL LINDENBERG (*Le marxisme introuvable*, Calmann-Levy, París, 1975) dice: «Tengo hoy, como mucha gente, serias razones de pensar que en la época de la revolución cultural habíamos visto aquello que deseábamos ver y que la realidad se sitúa modestamente entre el acontecimiento cósmico que nos describen, no sin contradicciones, año tras año, los incondicionales y el siniestro cuadro de una farsa burocrática trucada a A a Z por un

período es en el que se difunden más las obras de Mao y, sobre todo, el famoso e insípido *Libro rojo*.

En el marco internacional, Mao recién se empieza a preocupar de ese tipo de relaciones, en el segundo quinquenio de los años 30. En 1936 le declara a Edgar Snow⁸⁶, muy firmemente, que no está luchando por la emancipación de China para entregársela a Moscú. Dos años más tarde, en su obra *De la guerra prolongada*, distingue tres períodos de la humanidad, respecto al mundo internacional: a) el período del clan, en el cual la humanidad luchaba contra la naturaleza, por su diaria subsistencia y no había preocupaciones de orden externo; b) la época de la vida guerrera, que comienza con la oposición de las clases sociales a nivel internacional, y c) el socialismo, que verá nacer y sobrevivir la paz eterna.

Mao, cuando asume el Poder, construye una política exterior basada en un enfrentamiento hostil—que puede llegar a la guerra—desechando casi siempre la posición negociadora clásica, en el estilo tanto ruso como occidental, y esa tesis maoísta es una actitud diplomática y una estrategia revolucionaria, ya que Mao sí pretende—desde sus inicios en el poder—exportar la revolución y además aporta una idea de fundamental importancia para la estrategia marxista-leninista: el desplazamiento de la lucha armada hacia los centros subdesarrollados. «La toma del Poder, la independencia, la libertad y la igualdad, pueden ser conquistadas por la fuerza armada y solamente por ella es, ha sido y sigue siendo una ley universal de la lucha de clases..., sólo los países jóvenes son susceptibles de ejercer presiones revolucionarias efectivas y aunque situaciones revolucionarias existan en los grandes países capitalistas, las posibilidades de tomar el Poder serían mínimas»⁸⁷.

Mao distingue—como Lenin y Stalin—las guerras justas (de liberación nacional) de las injustas (las imperialistas). Porque durante toda su larga vida, Mao fue esencialmente un nacionalista chino y sus idas y venidas en otros terrenos, sus múltiples defectos de la mejor estirpe tiránica, nunca empañaron su imagen cierta de auténtico chino. Y ese nacionalismo casi a ultranza lo extrapola en su política

Mao, heredero de Volpone y de Stalin juntos.» Este autor es un marxista francés que desarrolla varias tesis originales en su libro. Una de ellas es que GUESDE, DEVILLE y LAFARGUE poco hicieron—en contra de lo comúnmente afirmado—por la divulgación del marxismo en Francia, y fueron SOREL, HERR y otros los verdaderos introductores de esta corriente en el proletariado francés y en las capas intelectuales.

⁸⁶ EDGAR SNOW: *Red Star over China*, Nueva York, 1944, pp. 126-160, donde transcribe las entrevistas con Mao.

⁸⁷ Citado por ARTHUR A. COHEN: *Op. cit.*, p. 245.

internacional, situándose siempre en la posición nacionalista (o la que cree serla). Incluso frente a «burgueses» o hasta «aristócratas» locales que dirigen una revolución que Mao entiende como nacionalista, no duda en dar su apoyo, siempre y cuando además de esa condición, el revolucionario tenga la patente de antiimperialista y, más que nada, de antiamericano.

La disputa chino-soviética que ya he esbozado se podría resumir en las siguientes causas principales:

1) El nacionalismo chino y la diferencia de estrategia de rusos y chinos en la relación con Occidente, los diversos intereses en juego, de dos grandes naciones milenarias, etc.

2) Los conflictos de la URSS con Polonia y Hungría, que Mao aprovechó para afianzar la credibilidad del PC chino frente al ruso.

3) La negativa rusa desde 1957, en brindar a China la ayuda tecnológica necesaria para construir la bomba atómica y el posterior retiro de los técnicos y asesores soviéticos de China.

4) La política khrushchevita de coexistencia pacífica con los Estados Unidos, considerada por Mao como puro «revisiónismo».

5) La exigencia de Mao a partir de 1964, a todos los PC que con él simpatizaban, de romper lazos con la URSS.

6) La firme convicción de Mao—basada quizá, como muchos dictadores, en la creencia en su casi inmortalidad—de que llegaría el día en que se convertiría en el líder indiscutido del comunismo mundial.

Evidentemente faltan otros pormenores. El concepto chino de «zonas intermedias» (la primera los países de Asia, Africa, América Latina, y la segunda etapa: Europa Occidental, Australia, Canadá, todos los demás países capitalistas, con la excepción de los Estados Unidos) era otro punto de choque con los soviéticos. «La vaga formulación dialéctica sobre el "doble carácter" de los dirigentes de los principales países capitalistas, constituye una revisión más radical de la doctrina que lo que significó el calificativo de "ponderados" atribuido por Khrushchev a algunos de esos dirigentes. Mao no es el primer estadista comunista cuyas revisiones doctrinales son acogidas por su propio partido como "aportes subsecuentes" al marxismo, lo que no impide a dicho partido de calificar como "desviaciones oportunistas y derechistas", las revisiones de otros»⁸⁸.

China es una de las experiencias sociales más importantes en la

⁸⁸ ARTHUR A. COHEN: *Op. cit.*, p. 250.

historia de la humanidad, pero su deuda con Karl Marx parece bastante discutible. En definitiva, Mao ha sido una suerte de Stalin chino (con la diferencia que sus purgas, generalmente, fueron por motivos de organización del Partido, lo que no excluye alguna a título personal), con una visión revolucionaria muy concreta, basada en un marxismo-leninismo de corte pragmático, oportunista y respaldado por una ancestral tradición nacionalista china, lo que no le impidió llegar a proclamar sus postulados esenciales ignorando toda influencia, tanto china como marxista. Porque para sus contemporáneos chinos, Mao fue el comienzo de una teoría política y de una concepción de las relaciones internacionales, cuyos antecedentes—según sus turiferarios—están en él mismo. Su sucesión es complicada y aún no tenemos perspectiva histórica para su análisis ni elementos subsecuentes para evaluar el camino que China seguirá. Aunque no cabe duda de que—de una u otra forma—no se apartará de lo que hasta ahora hemos convenido en llamar marxismo-leninismo. Al menos por un largo período.

El castrismo

El castrismo únicamente merece entrar en este estudio por presentar muchas peculiaridades—dentro del marxismo—hasta el año 1968. Después su jefe, Fidel Castro, y el castrismo en general, pasan a engrosar las filas satélites de la URSS. (Me refiero a la totalidad del castrismo cubano, ya que existen movimientos llamados «castristas» en otros países y que pretenden—no sé en base a qué—ser independientes.)

El marxismo-leninismo de Fidel Castro Ruz debe ser objeto de un pequeño análisis, que intentaré realizar siguiendo sus pasos hasta llegar a su «confesión» del 2 de diciembre de 1961: «He sido, soy y seré, marxista-leninista». Porque existen tres hipótesis al respecto: según la primera, Castro siempre fue comunista (al menos desde mucho antes de la revolución); la segunda supone que Fidel era anticomunista y la actitud de los Estados Unidos fue la que lo volcó—a disgusto—en el campo marxista, y la tercera, que descarta la primera y matiza la segunda, creyendo en una lenta evolución del pensamiento de Fidel hacia el marxismo. Personalmente, adopté la tercera hipótesis, pero matizando ambas anteriores y no sólo la segunda: Castro no tiene una ideología firme de partida y ese vacío lo colma con diversos tanteos ideológicos, pero siempre apuntando la toma del poder y su posterior consolidación.

Fidel comienza su acción revolucionaria en Cuba, el 26 de julio de 1953, con el frustrado asalto al cuartel de la Moncada, en Santiago, año y medio después de que Batista hubiese consumado su «golpe». Encarcelado como consecuencia del fallido ataque, Castro escribe en prisión su defensa, que luego se publicó con el título *La historia me absolverá*. Esa publicación no denota más que un programa moderado de reformas sociales al estilo de la izquierda tradicional cubana, con el clásico y consabido ataque a los latifundios; la vuelta a la Constitución de 1940 y la elección por sufragio universal; las nacionalizaciones de las compañías americanas de electricidad y teléfonos, etc. Fidel Castro era por aquellas épocas miembro del Partido Ortodoxo (Partido del Pueblo Cubano) de Eduardo Chibás (que se había suicidado en 1951), escindido del Partido Revolucionario Cubano de Ramón Grau San Martín y que era un partido «nacionalista, socialista y antiimperialista»⁸⁹. No hay una sola línea marxista-leninista en *La historia me absolverá*. El mismo Fidel después de su «conversión», creyó tener que justificarse y dijo: «Si no hubiésemos redactado ese documento con cuidado, si hubiésemos ofrecido un programa más radical... el movimiento revolucionario contra Batista no hubiese ganado en profundidad ni vuelto la victoria posible»⁹⁰. Por otra parte, existen muchísimas otras justificaciones del pensamiento fidelista anterior, pero todas se produjeron después de su declaración de 1961, lo cual les quita valor apreciativo

Fidel escribió otro texto menos conocido, que publicó Luis Conte Agüero con el título de *Cartas del presidio* (con las cartas que Castro le había enviado) y en el cual presenta su después popularizado axioma: la jefatura es básica. Además, habla de las tres condiciones principales para organizar un Movimiento: la ideología, la disciplina y los jefes. Theodore Draper entiende que de esas tres condiciones, por los textos fidelistas, la ideología es la que menos le preocupa y piensa que su axioma está más próximo del «principio del jefe», propio del fascismo y del peronismo, que de un movimiento basado en la ideología y la «consciencia del Partido» tal cual es el comunismo. Es difícil imaginar a un comunista usando el lenguaje de Castro en esta carta a Conte Agüero, reveladora en extremo⁹¹.

En agosto de 1955, Castro envía al Congreso del Partido Ortodoxo el «Manifiesto número 1 del Movimiento 26 de Julio al Pueblo de Cuba». En dicho documento se repiten los temas clásicos—ya men-

⁸⁹ RAMÓN GRAU SAN MARTÍN: *La revolución cubana ante América*, México, 1936, p. 104.

⁹⁰ Publicado en *Revolución* del 2 de diciembre de 1961.

⁹¹ THEODORE DRAPER: «Le castrisme», en *De Marx a Mao-Tsé-Toung*, op. cit., p. 257.

cionados—de la izquierda cubana y Fidel se declara fiel a los más puros principios de Chibás, o sea un ortodoxo puro, aunque coloca al Movimiento 26 de Julio como el aparato revolucionario del chibatismo. Por lo cual no se considera una tendencia política dentro del Partido Ortodoxo, sino *el* aparato más eficaz para derribar a Batista. Todo esto en la medida en que Chibás tuvo siempre una sólida reputación de anticomunista consecuente, alguien que—como Castro—se pretenda su discípulo, no puede negar esa herencia⁹². Recién el 19 de marzo de 1956, Castro se aleja de los ortodoxos y en su carta de dimisión considera que su ruptura es organizacional y no política.

En México—donde se encuentra entonces con otros compañeros—publica varios documentos y en diciembre del mismo año lanza otro fallido intento de asalto, esta vez por mar, en el carguero «Granma» (financiado por Prío Socarrás, notorio anticomunista), que termina en un total desastre y los pocos hombres que pueden salvarse (entre seis y quince, según las versiones) se refugian—simplemente por su cercanía, sin ninguna premeditación—en la Sierra Maestra, que luego se haría famosa por la guerrilla castrista. El 28 de julio de 1957, la revista *Bohemia* (por una de esas incomprensibles contradicciones del régimen de Batista) publica el «Manifiesto de Sierra Maestra», firmado por Fidel Castro, Felipe Pazos y Raúl Chibás (hermano de Eduardo), donde se insiste sobre los mismos conceptos: elecciones libres, Gobierno provisional neutro, etc., y se propone la creación de un Frente Cívico Revolucionario compuesto por todos los partidos y grupos de oposición a Batista. La curiosidad de este documento reside en que pretende imponer al futuro Gobierno provisorio un programa de diez puntos, lo cual no deja de ser contradictorio con el general espíritu democrático del manifiesto.

Mientras tanto, el PC cubano (Partido Socialista Popular) había censurado el asalto a la Moncada por considerarlo una táctica putschista, digna de un burgués y como «una operación peligrosa y estéril»⁹³. Cuando en 1956 Fidel es acusado por Batista de «comunista», su contestación es fulminante: «¿Con qué derecho moral el señor Batista habla de comunismo, cuando fue el candidato presidencial del Partido Comunista en las elecciones de 1940, que sus plumíferos electorales se escondían detrás del martillo y de la hoz, que su fotografía se exhibía entre las de Blas Roca y de Lázaro Peña, que media docena de sus actuales ministros eran miembros del Partido Comu-

⁹² *Idem* que anterior, p. 258.

⁹³ Publicado en *Carta Semanal* del 10 de octubre de 1956 y citado por ANDRÉS VALDESPINO, *Bohemia*, 26 de junio de 1960, p. 43.

nista...?»⁹⁴. Lo cual hace decir a Draper: «Pienso que es difícil imaginarse un comunista, declarado o disfrazado, defenderse de esa manera. Nada en aquella época podía ser más hostil a los comunistas cubanos que ese recuerdo de la vieja asociación con Batista y, peor aún, la divulgación de la actual connivencia con el dictador»⁹⁵.

El duelo de Castro con los comunistas prosiguió con la nueva censura de éstos al desembarco del «Granma» y al establecimiento de una guerrilla en Sierra Maestra. A principios de 1958, el comunismo cambia de táctica y decide apoyar—además de la lucha civil no-armada en los centros urbanos (huelgas, manifestaciones, etc.)—la guerrilla armada de Fidel en las campañas. La alianza, pues, se verifica poco tiempo antes de la revolución y por una maniobra estratégica del comunismo, no por un cambio ideológico de Fidel, que en Sierra Maestra dijo su brillante frase: «Mi revolución no es ni roja ni blanca, tiene el color verde oliva del uniforme de las guerrillas.» Frase famosa, que repitió constantemente hasta 1961...

Con todo lo expuesto, estimo haber dejado claro que hasta su alianza de 1958, Fidel ciertamente no era comunista (si bien estaba rodeado de varios notorios marxistas-leninistas: «Ché» Guevara, Raúl Castro, Carlos Rafael Rodríguez, etc.), y en cambio está demostrado que siempre fue un revolucionario (Bogotazo, Guatemala, etc.) de ideas vagamente marxisantes, pero sin un gran conocimiento del marxismo.

Cuando Fidel Castro llega al Poder en 1959, sus primeras declaraciones son cautas, y en abril afirma: «Ya dije en forma clara y definitiva que nosotros no somos comunistas... Somos sinceros demócratas»⁹⁶. En aquel momento, a pesar de su alianza, Castro trata de esbozar una ideología propia y se adueña—en su búsqueda—del término «humanismo» (lanzado en Cuba por un intelectual católico de izquierda: Rubén Darío Rumbaut, discípulo de Maritain, a principios de la década del 50, sin éxito alguno), que trata de definir: «Ni dictadura personal, ni dictadura de clase, ni dictadura de grupo, ni dictadura de casta, ni oligarquía de clase: Gobierno del pueblo sin dictadura y sin oligarquía, libertad y pan sin terror, eso es humanismo»⁹⁷. El humanismo de Fidel Castro tuvo dos grandes críticos, uno mudo: sus tristemente famosos paredones, y otro explícito: Aníbal Escalante y el PC cubano, que consideraban el fidelismo humanista una agresión hacia ellos. Y el primer *round* lo ganó Escalante—ya que

⁹⁴ «Basta ya de mentiras», *Bohemia*, 15 de julio de 1956, por FIDEL CASTRO.

⁹⁵ THEODORE DRAPER: *Op. cit.*, p. 272.

⁹⁶ Citado por JEAN ROUX: *Op. cit.*, p. 250.

⁹⁷ *Guía del pensamiento político y económico de Fidel*, La Habana, 1959, p. 97, transcribiendo declaraciones efectuadas por Castro a la prensa de Nueva York el 24 de abril de 1959.

Fidel suprimió el humanismo de su lenguaje—, aunque luego don Aníbal sería víctima de la purga de 1962.

«Históricamente, el castrismo es un hombre en la búsqueda de un movimiento, un movimiento en la búsqueda del Poder, un Poder en la búsqueda de una ideología. De sus orígenes a nuestros días, el castrismo tuvo siempre el mismo jefe y siguió la misma "vía del Poder", aunque cambiando de ideología»⁹⁸. El fidelismo daría al comunismo el Poder absoluto—por primera vez en la historia—después de haberlo conseguido por sus propios métodos. Y el comunismo, a su vez, retribuiría a Castro, brindándole la ideología que le faltaba.

Pasando ¡por fin! al tema de las relaciones internacionales, es evidente que la posición asumida por los Estados Unidos con respecto al régimen fidelista fue un factor primordial—pero no el único—para el vuelco de Castro y el fortalecimiento de los elementos marxista-leninistas del Movimiento 26 de Julio. En 1960—antes de su declaración marxista—ya había firmado con la URSS un tratado comercial y su acercamiento al bloque comienza, aunque durante varios años, el castrismo cubano será un movimiento independiente, dentro del marxismo-leninismo mundial, y de ahí deriva el interés de su estudio dentro de las coordenadas de este trabajo. Las principales características de esa época son:

1) Castro pretende liderar el marxismo latinoamericano e indicar cómo deben llevar a cabo la revolución: las masas hacen la historia; las condiciones objetivas existen en la mayor parte de los países del área; la transición pacífica no es del todo descartable, pero es preferible y más efectiva la lucha armada

2) La mayoría de los PC de América Latina se opone a esos criterios. Por ejemplo, el líder comunista brasileño Luis Carlos Prestes dijo: «Para el marxismo-leninismo, revolución no es sinónimo de violencia; se trata fundamentalmente de un cambio de las clases que detentan el Poder y en la presente coyuntura de ciertos países de América Latina, ello es posible sin guerra civil y sin insurrección armada». Y eso lo expresó en su visita a La Habana, en una entrevista que le hizo el periódico *Hoy* (9 de marzo de 1963).

3) Fidel expresa que el castrismo es una tercera vía entre Moscú y Pekín.

4) La crisis de los misiles de 1962 provoca un enfriamiento de las relaciones con la URSS, ya un poco deterioradas por la purga de Aníbal Escalante, y durante un tiempo Castro juega la carta de China

⁹⁸ THEODORE DRAPER: *Op. cit.*, p. 288.

y Albania. Lo cual no le impide firmar en Moscú una declaración conjunta con la Unión Soviética, en abril de 1963, por la cual acepta que cada PC latinoamericano busque su propia vía hacia el Poder.

5) Tampoco lo anterior lo inhabilitaba para —poco después— seguir proclamando la vía de la lucha armada en contra de todos los PC ortodoxos de América Latina, menos los de Venezuela y Guatemala. Todas esas tesis fidelistas son expuestas en las Conferencias: Tricontinental de 1966 (América, Asia y África); de las OLAS (Organización Latinoamericana de Solidaridad) en 1967, que agudiza las diferencias de los marxista-leninistas partidarios y contrarios de la lucha armada; el Congreso Mundial de los Intelectuales de 1968, en el cual se ataca la penetración cultural de los Estados Unidos.

6) Poco después de este último Congreso y luego de una nueva purga de comunistas ortodoxos cubanos, el acercamiento a China empieza a palidecer cuando Fidel, cada vez más necesitado de la ayuda soviética, comienza la nueva etapa de «satelización», a pesar de que el fidelismo —evidentemente— es más afín con el maoísmo que con el marxismo-leninismo soviético. Pero los intereses económicos priman sobre las simpatías ideológicas y Cuba, a partir de esa fecha, se inserta totalmente en el bloque soviético.

Esta actitud no impide que los cubanos sigan fomentando y ayudando a la guerrilla de otros países latinoamericanos, a pesar de la persistente opinión contraria de la mayoría de los PC locales. Ahora bien, si la URSS financia a Cuba y ésta a la guerrilla latinoamericana, no se entiende muy bien la aparente contradicción de los comunistas locales. Por eso veo muy claro que en esta oportunidad sí se trata de una divergencia sólo aparente, basada en la estrategia comunista de jugar en dos bazas: la legal y la subversiva. Lo cual no niega la existencia de alguna real fricción.

Como la de *Ernesto «Ché» Guevara* (1928-1967), teórico y práctico de la guerra de guerrillas, que desde mucho antes de la Revolución cubana era marxista-leninista, aunque de corte maoísta o titista y siempre pretendió mantenerse independiente, llegando a decir que la Revolución «no será jamás el satélite de nadie. Nunca pedirá permiso a quien sea para definir su posición interior o exterior»⁹⁹. El «Ché» entendía que no hacía falta la espera de las condiciones objetivas para realizar la revolución, ya que el foco insurreccional puede crearlas¹⁰⁰. La particular vocación guerrillera de Guevara y la entrega

⁹⁹ Citado por JEAN ROUX: *Op. cit.*, p. 255.

¹⁰⁰ ERNESTO «CHÉ» GUEVARA: *La guerra de guerrillas*, Montevideo, Provincias Unidas, 1968.

(aún —en esa época—intermitente) de Fidel Castro a los rusos justificarían las discrepancias —hasta ahora no aclaradas en forma coherente a pesar de los póstumos elogios de Fidel—entre ambos y la vuelta a las armas del «Ché», que en definitiva le costaría la vida.

En la perspectiva histórica, el fidelismo presenta un raro mestizaje entre la tradición revolucionaria latinoamericana y la tradición comunista europea. El castrismo conlleva dos grandes paradojas: 1) Los métodos utilizados por Castro, con tanto resultado en Cuba, son imposibles de exportar. Porque, precisamente al existir Castro, ningún país americano ya está desprevenido sobre lo que le espera en caso de triunfar un «romántico guerrillero» sin ideología definida. 2) La presencia de Cuba comunista a pocas millas de las costas estadounidenses es —a la vez que un caso insólito de invasión de zonas de influencia—la garantía de obtener una cuantiosa ayuda soviética, iniciada en un momento en que Khrushchev estaba empeñado en el desarrollo interno en gran escala y no quería distraer fondos para ayudas al exterior, que ciertamente no hubiese dispuesto si la situación geopolítica de Cuba hubiese sido otra¹⁰¹.

Los eurocomunismos

Desde hace algún tiempo, ciertos partidos comunistas de Europa occidental —fundamentalmente el italiano y el francés— han querido exhibir cierta independencia con respecto a Moscú y un revisionismo aparente de algunos postulados del marxismo-leninismo, llegando hasta insinuarse en la línea de un cierto socialismo democrático. ¿Farsa o realidad? Sólo la Historia lo podrá decir.

Hasta ahora únicamente tenemos sobre el tapete unos pocos hechos y, además, no existe aún la experiencia de un eurocomunismo en el Gobierno. Por esos motivos, y porque estimo que frente al mundo extraeuropeo no tienen ninguna divergencia con la línea oficial del PC de la URSS, no me extenderé en prematuras apreciaciones, aunque sí considero que debo al menos tratar el tema.

1) Observo —es un hecho— que el modo de dirigir el partido es el clásico de cualquier marxismo-leninismo: el centralismo mal lla-

¹⁰¹ Sobre otras versiones «tercermundistas» marxista-leninistas» la más importante —y que permaneció a nivel de teoría— es la de FRANZ FANON, que, a pesar de ser de las Antillas, fue utilizado intelectualmente por movimientos africanos de liberación. Sus obras principales son: *Sociologie d'une révolution*, *Les damnés sur terre*, *Pour la révolution africaine*, etc. Además de Fanon, REGIS DÉBRAY tuvo bastante influencia en los movimientos guerrilleros latinoamericanos con su libro *La révolution dans la révolution*, aunque últimamente cambiara de postura y en su libro *La critique des armes* desecha la vía violenta por no encontrarla operativa.

mado democrático; los dirigentes cooptados manejan las bases, que no tienen absolutamente ninguna cuota-parte de las decisiones.

2) Es evidente que la imagen de la Unión Soviética se vende mal en Occidente, ya que en los últimos tiempos —y a pesar del esfuerzo denodado de algunos intelectuales «comprometidos»¹⁰²— la URSS es sinónimo de totalitarismo (para los pobres ignaros, claro está. Pero como éstos son la mayoría...). Es necesario, pues, vestir con otro ropaje al comunismo local, y esa nueva imagen pluralista, moderada y cauta, es la que intenta proyectar el eurocomunismo.

3) No descarto la posibilidad de que Berlinguer o Marchais—lo mismo cualquier otro líder comunista— sean sinceros en sus propósitos, ya que es harto más fácil ser dirigente comunista «moderado» en una democracia occidental que en una «democracia» oriental, y además, en el caso de los dos primeros (sobre todo Berlinguer), cuentan detrás con un partido lo suficientemente fuerte como para no desear interferencias de Moscú que les dificulten —a la vez— las tareas proselitistas y la natural vocación de cada uno de ellos de erigirse en líderes nacionales independientes. Pero lo que sí pongo en tela de juicio es que o bien son sinceros, aceptan el pluralismo, siguen la vía similar del socialismo democrático, se insertan en el mundo capitalista, garantizan el usufructo de todas las libertades—inclusive las por ellos llamadas «formales»—, entonces dejan de ser marxista-leninistas y fundan una V Internacional «Eurocomunista-constitucional-pluralista», independiente de Moscú en forma radical (o simplemente se afilian a la ya existente II Internacional), o bien mienten descaradamente, sus propósitos son meras tácticas electorales, tan comunes en el marxismo-leninismo; la renuncia a la dictadura del proletariado ha sido una contramarcha para no asustar al buen burgués, y la independencia de la URSS, un engaño.

En ninguna de las dos hipótesis los eurocomunismos encuadran en este capítulo. En la primera, porque no son marxista-leninistas, y en la segunda, porque no son independientes. «Cada cual quiere dar a su socialismo el color de su bandera, pero ninguno ha renegado explícitamente del marxismo-leninismo que, desde Lenin a Breznev, funda y justifica la ideocracia moscovita»¹⁰³.

¹⁰² Siempre que los marxista-leninistas usan ese término, quiere decir «comprometidos con nosotros»; los demás compromisos no valen...

¹⁰³ RAYMOND ARON: *Plaidoyer...*, p. 381.

VI. CRÍTICA DE LA CONCEPCIÓN MARXISTA

No sería serio, ni riguroso, ni acorde a la realidad negar al marxismo—en materia de relaciones internacionales—una gran influencia y el mérito de haber destacado la interdependencia de todos los fenómenos: en el ámbito interno como en el externo, en los campos políticos y en los sistemas económicos, además de haber sido el primero en aplicar la sociología a las relaciones internacionales. Es innegable también su gran importancia práctica en las decisiones de política exterior, tanto por el lado—obvio—del comunismo como por el de muchos países que definen su política exterior (e interior a veces) en el antimarxismo, lo cual es un reconocimiento de un temible y permanente rival.

Pero sin dejar de reconocer todos estos hechos objetivos, el marxismo adolece de demasiados defectos y constituye—a mi entender—una interpretación global inaceptable de las relaciones internacionales, por los motivos que he ido exponiendo en el desarrollo del tema y por los que ahora resumiré. Fundamentalmente, porque basta una observación desapasionada de los sistemas de las relaciones internacionales que presenta la actualidad para convenir que el análisis de Locke o de Hume es más acorde a la realidad que el de Marx. El estado de naturaleza es un hecho en las relaciones internacionales que, matizado por la presencia de las organizaciones internacionales, niega totalmente la concepción marxiana de estas relaciones.

Hay que tener presente que—como dice Papaioannou¹⁰⁴—en la época en que Marx y Engels escribían en el *Manifiesto* la necrología de la burguesía el 90 por 100 de la población mundial permanecía fuera del «modo de producción capitalista» y de la revolución industrial, e Inglaterra era el único país donde el capitalismo englobaba efectivamente la totalidad de la economía y de la población. En Estados Unidos, recién en 1890, la producción industrial superó a la agrícola. Además, Marx no tuvo en cuenta—era realmente difícil percatarse en su momento—el proceso formidable de avance tecnológico que iba a conocer el mundo del siglo xx. Esa tecnología—producto originario del capitalismo, pero no ya exclusivo—contribuyó, más que el propio capitalismo puro, a transformar el mundo en los últimos años. Ese factor tecnológico también lo menospreció Engels cuando en su teoría de la violencia dijo: «Las armas están tan per-

¹⁰⁴ KOSTAS PAPAIOANNOU: *Marx et les marxistes*, Flammarion, París, 1972, p. 233.

feccionadas que un nuevo progreso de influencia radical no es más posible»¹⁰⁵. Y Marcel Merle acota que «es por haber permanecido prisionero de los esquemas de la economía liberal y por haber fundado todas sus previsiones en las reacciones del *homo economicus*, que Marx no ha podido dar debida cuenta de la naturaleza ni de la transformación de los fenómenos internacionales»¹⁰⁶.

El marxismo—a pesar de lo antes expresado sobre el destaque de la interdependencia de los fenómenos—es evidente que privilegia el factor económico sobre el político. Si esto debe ser así, la separación que se va produciendo en la época actual entre los Estados está más acentuada por los niveles de desarrollo económico que por las doctrinas políticas. A la dialéctica capitalismo-socialismo la está sustituyendo la dialéctica desarrollo-subdesarrollo¹⁰⁷. Supongamos que esto sea transitorio y que, una vez alcanzado cierto nivel mínimo de desarrollo en todo el globo, se replantee el problema capitalismo-comunismo como forma de administración; y como hipótesis de trabajo, admitamos el advenimiento del comunismo a nivel mundial. Entonces, siguiendo el análisis de Marx, desaparecerían los antagonismos nacionales. Segundo grave error.

Si bien el nacionalismo aislacionista tiende a desaparecer por completo en la actualidad, no se pueden ignorar una serie de factores y características propias de cada nación y que no se esfuman con el comunismo a nivel mundial. Basta un Mao, un Tito, una religión, unas tradiciones, para provocar fisuras terribles en el supuestamente monolítico bloque del comunismo. «Considerar el hecho nacional como un simple instrumento manipulado por la burguesía para mejor disfrazar su poder es realizar una apuesta sobre el porvenir que difícilmente pueda ser ganada, salvo por un cambio imprevisto de una mentalidad ancestral»¹⁰⁸.

Pero esto era una hipótesis. La realidad—y es el tercer grave error marxista—es que la autodestrucción del capitalismo no se ha verificado. Los países occidentales al perder sus colonias no sólo no se han debilitado, sino que han disfrutado de una mejoría sensible en el nivel de vida general, y las tasas de crecimiento de los ex países colonialistas han sido mucho más elevadas que en el siglo anterior, en pleno auge colonial. El defecto de todos los marxistas—incluyendo

¹⁰⁵ F. ENGELS: «Théorie de la violence», en *Philosophie, économie politique, socialisme (Anti-Düring)*, 1878, traducción francesa, Giard, París, 1911, p. 218.

¹⁰⁶ MARCEL MERLE: *Op. cit.*, p. 68.

¹⁰⁷ Véase del autor de este estudio: *La cláusula de la nación más favorecida en las relaciones comerciales desarrollo-subdesarrollo*, Editions RI, París, 1974; donde ésta es una de las tesis sostenidas.

¹⁰⁸ MARCEL MERLE: *Op. cit.*, p. 85.

a Marx—es, como lo señala Raymond Aron, que atribuyen un carácter científico a la utopía o final o a la previsión del movimiento histórico que conduce hacia ella. Y con esta brillante frase, el—entre otras cosas—marxólogo francés resume admirablemente lo que intento decir: «No se puede demostrar el advenimiento inevitable de un tipo de sociedad sin precedente»¹⁰⁹.

La actual división de países en el área económica se verifica por su desarrollo, pero en el campo político, que el análisis marxista minimiza, nos reencontramos con la antinomia (de origen económico, pero ya con ideología política propia) capitalismo-socialismo, que no está planteada en sus reales términos, ya que éstos deben ser: democracia-totalitarismo.

A esta altura conviene aclarar que exceptúo de muchas de estas críticas a las concepciones marxistas de las relaciones internacionales formuladas por algunos partidos socialistas que de hecho están integrados en el mundo capitalista, al cual intentan socializar democráticamente. Pero sólo entiendo por «socialistas» a los de la definición de Revel: «representantes de la corriente anticapitalista que quieren conciliar socialismo y democracia política, es decir, que son anties-talinistas» (en el sentido que Revel le da a ese término, que equipara con «comunista»)¹¹⁰. Es al marxismo-leninismo-comunismo al que dedico la totalidad de esta crítica.

La gran ventaja del marxismo-leninismo sobre el mundo ajeno a él es que en un planeta aún dominado por dos grandes potencias, una de ellas—la URSS—exporta su régimen político (el comunismo) y su sistema económico (el socialismo, en el sentido marxista-leninista). Mientras que la otra—los Estados Unidos—solamente lo hace con su sistema económico (el capitalismo). Su régimen político (la democracia) no sólo no es exportado, sino que cuando se conjugan una serie de intereses económicos, políticos y estratégicos se llega hasta a impedir su desarrollo en terceros países¹¹¹. Mientras que el marxismo-leninismo tiene una concepción teórica de las relaciones internacionales que constante y agresivamente lleva a la práctica, el Occidente no define ni tan siquiera su propia concepción (ni que decir que no tiene tampoco una estrategia de conjunto, de contención al totalitarismo). Para ser más claro, en la medida de lo posible: cada concepción marxista de las relaciones internacionales tiene una teoría

¹⁰⁹ RAYMOND ARON: *Plaidoyer...*, p. 123.

¹¹⁰ JEAN-FRANÇOIS REVEL: *Op. cit.*, p. 159.

¹¹¹ En esta clase de estudio teórico que he adoptado, aún no existe perspectiva histórica para juzgar si la presencia de Carter conllevará cambios sustanciales en lo que hasta ahora ha sido una constante en la política exterior de los Estados Unidos.

y una política exterior subsecuente a ella. Las demás concepciones globales —la clásica y la sociológica de origen angloamericano— son en el fondo escuelas de interpretación y métodos de análisis, que necesariamente deben ser complementadas con la formulación de políticas exteriores concretas. En la marxista, la ideología es un elemento esencial y determinante de la interpretación. En las otras dos —sobre todo en la sociológica—, la ideología es simplemente una variable más a tener en cuenta, que no se adopta ni se rechaza. Como prueba de ello bastaría recordar que en el siglo xx son los hombres de Estado los que definen la teoría marxista-leninista de las relaciones internacionales, además de sus implicaciones prácticas. Mientras que las otras dos concepciones son definidas por especialistas universitarios que exceptuando a Henry Kissinger¹¹² y su breve período (breve en la historia del siglo xx)—no han tenido ninguna participación directa en la conducción de las relaciones internacionales de Occidente. ¿Es ésta una grave carencia y está en vías de solución? Realmente, no lo sé. Pero lo que sí sé es que somos nosotros, pertenecientes al mundo ajeno al marxismo-leninismo, quienes debemos forjar nuestro destino planetario. «Una vez que hayamos desechado la idea de que la historia del Poder es nuestro juez, una vez que hayamos dejado de preocuparnos por la cuestión de si la historia habrá o no de justificarnos, entonces quizá algún día logremos controlar el Poder. De esa manera podremos, a nuestro turno, llegar a justificar a la Historia. Y por cierto que necesita seriamente esa justificación»¹¹³.

¿Quiénes son los imperialistas? ¿Quiénes son los totalitarios? ¿Quiénes son los intelectuales que en Occidente se definen como marxista-leninistas, convencidos de que esta toma de posición sólo les puede resultar ventajosa: si persiste el régimen general, tienen patente de corso para decir lo que quieran, y si se llegara a ver un Occidente dominado por el comunismo, se presentarían como sus sacrificados adalides en la tiranía del capital?

Las respuestas a estas y otras muchas interrogantes se encuentran en la obra de algunos pocos intelectuales que —paradójicamente— hacen figura de contracorriente: Raymond Aron, Karl R. Popper, Kostas Papaioannou, Bertram D. Wolfe, Alexander Solzenitzin, Adam B. Ulam, etc.

Charles Maurras fue un talentoso intelectual y un siniestro doc-

¹¹² Más allá de estar o no de acuerdo con Kissinger y su política exterior, en la materia que nos incumbe es clara su posición, ya que es un abierto partidario de la concepción clásica.

¹¹³ Con este párrafo termina KARL R. POPPER su obra *La sociedad abierta y sus enemigos*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1967.

trinario. Defensor del nacionalismo integral—que no era otra cosa que una monarquía absolutista modelo siglo xx, antidemócrata, antiliberal, antiparlamentarista, antiindividualista, antirracional, antiigualitario y unas cuantas cosas más—, está—dice Revel—«hoy en día bien olvidado y, sin embargo, sus ideas son aplicadas casi en todas partes. Karl Marx no lo está y, sin embargo, sus ideas no están encarnadas verdaderamente en ningún régimen conforme a lo que él hubiese deseado»¹¹⁴. Y Raymond Aron—cuántas veces citado a lo largo de estas páginas—se interroga sobre cuál sería la actual posición de Marx respecto a los que hoy se reclaman sus fieles intérpretes. Su respuesta es: «Según toda probabilidad, él (Marx), que tenía un temperamento de rebelde, no estaría entusiasmado con ninguna de las versiones, ninguna de las sociedades que se reclaman de él, ¿preferiría una u otra? Me parece imposible decidirlo y, además, bastante inútil. Si diera una respuesta, ésta no sería más que la expresión de mis preferencias»¹¹⁵.

Después de sesenta años de su primera revolución, el comunismo internacional difícilmente encaja en los textos de Marx y de Engels. Frente al Poder constituido, el actual marxismo adopta dos comportamientos diferentes: en los países totalitarios del Este, a un Poder impuesto por la fuerza, le sirve de sustento ideológico y de represión a sus críticos; en las naciones democráticas del Oeste, a un Poder emanado de la voluntad popular, le corroe sus cimientos y brinda el apoyo dialéctico a sus críticos. Singular destino de una *Weltanschauung* (concepción del mundo) que tenía como primordial objetivo la liberación del hombre...

ADOLFO CASTELLS MENDÍVIL

¹¹⁴ JEAN-FRANÇOIS REVEL: *Op. cit.*, p. 307.

¹¹⁵ RAYMOND ARON: *Les étapes...*, *op. cit.*, p. 205.